

la noche de los BASTONES ARGOS

20 años después



Sergio Moreno

Ariel Eidelman

Guido Lichtman



BIBLIOTECA Página/12

LA NOCHE
DE LOS BASTONES LARGOS

30 años después

Sergio Morero
Ariel Eidelman - Guido Lichtman

LA NOCHE DE LOS BASTONES LARGOS

30 años después

Sergio Morero
Ariel Eidelman - Guido Lichtman

© de la presente edición Editorial La Página S.A. y Sergio Morero

ISBN: 987-9015-83-5

Este libro forma parte de la edición de **Página/12** y se entrega juntamente con la misma edición. Prohibida su venta separada o cualquier forma de comercialización.

A los universitarios
argentinos.

A MODO DE PRÓLOGO

En 1966 yo tenía 31 años y era cronista de universitarias en la revista *Primera Plana*, bajo las órdenes directas de Ramiro de Casabellas, director periodístico del semanario. En tal carácter, participaba de todos los actos oficiales (y de los otros) del quehacer universitario. Presencié las deliberaciones de la Asamblea Universitaria que, el año antes, había elegido como rector de la Universidad de Buenos Aires al candidato *humanista* ingeniero Hilario Fernández Long, superando en sufragios al *reformista* doctor Rolando García. Yo tenía mi corazoncito junto al de los reformistas pero, junto con ellos, perdí la elección. A pesar de todo, escribí para la revista (o intenté escribir) una nota objetiva. ¿Quién iba a imaginar que Fernández Long sería un excelente rector *reformista* al frente de la UBA? Yo, al menos, no.

También estuve, claro, la noche que el Consejo Superior de la Universidad trató el decreto oficial N° 16.912 que designaba como *delegados* del Ministerio de Educación al rector y a todos los decanos. En una vibrante sesión, el Consejo rechazó el nuevo status impuesto por las autoridades del gobierno de facto: "Aquí nos quedamos. Que nos echen como al presidente Illia, si quieren", se escuchó decir. Era ya muy entrada la noche cuando todos abandonamos la casona de Viamonte 444, sede del Consejo Superior. El silencio era ensordecedor. Al llegar el rector a la calle, dispuesto a tomar el auto que lo estaba esperando, una mujer (¿estudiante, profesora?) lo tomó del sobretodo negro y casi gritando le dijo: "¡Viva la democracia!". Hilario Fernández Long hizo lo que pudo para reprimir su emoción y en voz muy baja, casi para sí mismo, le contestó: "Sí... que viva".

La noche

El 29 de julio el clima era muy tenso en los ambientes universitarios de Buenos Aires. Se decía que grupos de estudiantes habían tomado algunas facultades, dispuestos a resistir la intervención. Yo llegué a la redacción -que funcionaba en Perú 367-, y escribí mi nota habitual sobre las novedades universitarias. Ya la había entregado cuando, de pronto, se escucharon algunas sirenas, chirridos de frenos, gritos. "Creo que es acá cerca, en Exactas", le dije a Ramiro. (La Facultad funcionaba entonces en Perú 222, a cien metros de *Primera Plana*.) "Andá rápido a ver qué pasa", me contestó.

Muerto de miedo, con la credencial de Prensa en la mano que menos me temblaba, vi como la Guardia de Infantería, cuerpo especializado de la Po-

licía Federal, entraba en Exactas, armada con sus bastones largos, rompiendo los vidrios de las puertas, pisándolos luego con sus borceguíes para hacer más impresionante el brutal allanamiento (¿o para calmar, ellos también, su propio miedo? Se les había dicho que los ocupantes del edificio estaban armados), mientras vociferaban: “¡Salgan, comunistas de mierda! ¡Judíos, hijos de puta!”. Quienes salieron, con los brazos en alto, fueron alumnos y profesores, armados hasta los dientes con lápices, libros, apuntes, cajas de compases y reglas de cálculos. Los hicieron desfilar entre una doble fila integrada por los valientes “defensores del orden”, y los molieron metódicamente a palos antes de llevárselos, detenidos y heridos, en los camiones celulares estacionados de culata a lo largo de la calle Perú. Los policías tuvieron la mala suerte de que entre los golpeados estuviera el profesor norteamericano Warren Arthur Ambrose, quien horas después armó un escándalo internacional con este suceso. (Ver Apéndice II.)

Volví a la redacción, conté todo a Casasbellas, alguien me convidó con un tazón de café para ver si dejaba de temblar y de putear.

Ramiro tiró al canasto mi columna de universitarias, rompió también otras notas de menor interés, llamó a un par de redactores para que hicieran un análisis político de este hecho violento, y me pidió que escribiera un detalle de todo lo ocurrido. Así lo hice. Cuando corregíamos los originales le dije a Ramiro de Casasbellas que este episodio me había hecho acordar a aquella noche europea de 1938 de cristales rotos y cuchillos largos, empuñados por los amigos de Adolf Hitler. Sólo que esta vez se trataba de bastones de madera. Así fue como nació ese título, luego tan popular: *La noche de los bastones largos*.

La luz del día

Pocas horas después visité a Manuel Sadosky, vicedecano de Exactas, en su departamento. Lo encontré sonriente y animoso, pese a los vendajes y magulladuras en su cabeza, y se puso a contarme lo que había que hacer a partir de entonces. *Primera Plana* podría ayudar porque, a partir de esa vergonzosa noche, Ramiro había decidido que la revista se convertiría en un vocero de la universidad intervenida. Y lo fue, albergando en sus páginas la mejor y más original información, hasta la proporcionada por los grupos nazionalistas y los de extrema izquierda, reunidos en asambleas clandestinas, a las que accedíamos con el fotógrafo después de dar muchas vueltas en taxi con los ojos vendados. Se dice que esta campaña arrojó también buenos

dividendos económicos para la empresa, pero eso no me consta porque los periodistas casi siempre somos los últimos en enterarnos en qué andan realmente nuestros patrones.

El resto de la historia es bastante más conocido. Para muchos, *La noche de los bastones largos* fue el primer signo de debilidad del gobierno encabezado por el dictador Juan Carlos Onganía, que volteó al presidente constitucional Arturo Umberto Illia con la complicidad de amplios sectores de la burocracia sindical que buscaban su lugar bajo el sol, y la peligrosa indiferencia de buena parte de la población.

Treinta años después de aquella noche, la Universidad de Buenos Aires, acosada por presiones internas y externas, no ha podido recuperarse todavía de ese episodio violento que clausuró un período de alta excelencia académica desarrollado entre 1956 y 1966. Las páginas de este libro, además de una breve reseña de los hechos, recogen los testimonios de algunos de sus protagonistas principales, fruto de un riguroso trabajo de investigación periodística realizado por Ariel Eidelman y Guido Lichtman. ■

Sergio Morero

LOS HECHOS

EL PROTAGONISMO DE LOS ESTUDIANTES EN LOS AÑOS 60

Inmersos en una época particularmente movida, pocos dudan del papel protagónico desempeñado por los estudiantes en la década del 60, que corrió parejo con su activa militancia política. Si bien los movimientos más importantes tuvieron por escenario el continente europeo -el Mayo Francés y la Primavera de Praga en 1968-, tres años antes, la protesta de los estudiantes norteamericanos contra la guerra de Vietnam había iniciado un proceso al que los jóvenes de nuestro país no fueron ajenos.

El movimiento estudiantil argentino se adueñó de las calles también por esa época. Organizaba actos y manifestaciones, a la vez que se solidarizaba con la CGT a medida que su tradicional visión negativa sobre el peronismo se iba transformando.

Durante la presidencia del radical Arturo Umberto Illia la movilización estudiantil tuvo varios ejes. El más importante fue la invasión norteamericana a la isla de Santo Domingo, iniciada el 29 de abril de 1965 y el hecho de que ese país promoviese, a través de la Organización de Estados Americanos (OEA), la creación de una fuerza interamericana de intervención.

Se realizaron entonces varios actos, organizados por los Centros de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Federación Universitaria Argentina (FUA), para tratar de impedir que el país participara de esa "deshonrosa" misión.

A cada nueva convocatoria se fue sumando más gente, hasta que el 12 de mayo la movilización llegó a su pico máximo con un acto convocado por la FUA, la CGT y la Liga Humanista. Más de 7.000 personas se reunieron en Plaza Congreso. Movimientos y partidos de todo el arco político se dieron cita allí y ocuparon posiciones sugerentes. A la izquierda del palco, ubicado sobre las escalinatas del monumento que dan a la avenida Rivadavia, se colocaron los militantes del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de los hermanos David e Ismael Viñas y los distintos Centros de Estudiantes de la UBA. En el centro, y de frente al palco, las columnas del Partido Comunista, y a la derecha los minoritarios grupos peronistas anticomunistas y demás agrupaciones nacionalistas, como Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista, que caldearon el ambiente al grito de "¡Aquí están, estos son, los fusiles de Perón!".

En concordancia con la amplitud ideológica de la convocatoria hicieron uso de la palabra estudiantes y dirigentes políticos del Partido Justicialista, del

Partido Socialista Argentino, de la Democracia Cristiana, del Partido Comunista, de la oficialista UCR del Pueblo y un líder de la CGT. Cuando el acto estaba llegando a su fin, hubo corridas y enfrentamientos. El trágico resultado fue un estudiante muerto, Daniel Horacio Grinbank, y varios heridos de bala. Al día siguiente, dirigentes de la FUA denunciaron a militantes del Sindicato Universitario de Derecho, pertenecientes a Tacuara, como los responsables de esa muerte. Pocos días después se terminó de decidir la postura argentina: el no envío de tropas a Santo Domingo.

La decisión final del gobierno radical molestó a los militares quienes, a partir de ese momento, pusieron a la universidad en su mira.

A pesar de esto y de una campaña periodística de desprestigio de la universidad, los estudiantes continuaron con manifestaciones contra la intervención norteamericana en Vietnam y por el incremento del presupuesto universitario.

El peso de los estudiantes de esos años estaba fuertemente relacionado con la Universidad que les tocó protagonizar: la, para muchos, "época de oro" de la UBA. Todavía hoy el desarrollo universitario que se vivió entre 1956 y 1966 es considerado como el más alto que tuvo esa casa de estudios en toda su larga historia.

A partir de la Revolución Libertadora y desde la asunción de nuevas autoridades, la UBA había vivido un fuerte proceso de modernización. En pocos años se crearon nuevas carreras, la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), que llegó a ser la más importante de América latina; la Escuela de Salud Pública; el Departamento de Orientación Vocacional y el de Extensión Universitaria. También se inició la construcción de la Ciudad Universitaria, se aumentó la dedicación exclusiva del personal docente y de investigación y se incrementó el número de becas para graduados y alumnos. Pero tal vez lo más importante fueran la aprobación del Estatuto Universitario de 1958, que instauró el gobierno tripartito de profesores, alumnos y graduados, y el desarrollo de la investigación científica que tuvo un amplio reconocimiento internacional.

En ese marco los jóvenes universitarios desarrollaron una conciencia política que se vio reflejada en las resoluciones del VII Congreso de la FUA realizado en octubre de 1965. Allí planteaban: "Apoyo estudiantil a los sectores populares en lucha por el mejoramiento de sus condiciones de vida, y supresión del régimen de explotación y dependencia en el camino de la liberación nacional". Como medidas para lograr ese objetivo proponían "la

nacionalización de la industria, la banca y el comercio, en manos de monopolios imperialistas", "la reforma agraria radical y profunda" y la necesidad de "una política exterior independiente".

Los estudiantes denunciaban el rol de las Fuerzas Armadas como instrumento del imperialismo norteamericano, y no desaprovecharon la oportunidad de expresarse cuando un acto oficial les sirvió a varios generales en bandeja. El 19 de octubre se cumplió el 51° aniversario del fallecimiento del general Julio A. Roca, y una nutrida comitiva decidió recordarlo con un acto frente al monumento ecuestre que está en la esquina de Diagonal Sur y Perú, la misma intersección en que estaba situada la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

A las 11 de la mañana comenzó el acto que contó con la presencia del presidente de la nación Arturo Illia, el vice Carlos H. Perette, el ex presidente José María Guido, varios ministros y funcionarios. Estaban presentes, además, destacadas figuras de las Fuerzas Armadas como el comandante en jefe del Ejército, general Juan Carlos Onganía, el jefe de la Fuerza Aérea, brigadier Carlos Conrado Armanini y los generales Ignacio Avalos y Rosendo Fraga, así como también alumnos de colegios porteños. De pronto, la solemnidad del acto fue interrumpida por el golpeteo de monedas de 50 centavos y de 1 peso que, volando desde la azotea y los balcones de Exactas, caían sobre los generales. Con la misma selectividad llegaban los insultos que lanzaban un grupo de unos 15 estudiantes con guardapolvos. Menos de un año tardarían los militares en vengar esa ofensa personal...

Como un presagio de lo que vendría, cuando el jefe de policía fue consultado por los periodistas acerca del incidente, consideró que la culpa era de la autonomía universitaria ya que impedía a las fuerzas del orden ingresar a las facultades sin autorización.

Rumores de golpe

El año 66 comenzó con un clima político muy cargado. Las presiones militares sobre el presidente se hicieron explícitas. Una fuerte campaña psicológica de desprestigio de Illia invadía los medios periodísticos, entre ellos órganos tan importantes como *La Nación* o *La Prensa*.

Con el paso de los meses el rumor de golpe de estado se hizo público e insistente. Cuando el 28 de junio una junta militar derrocó a Illia, la mayor parte de la opinión pública brindó su consenso, apoyando el golpe o mirándolo con indiferencia. La denuncia pública más importante de la violación

de la constitución la realizó la UBA a través de su Consejo Superior y de la FUA. La Universidad fue así la única institución de importancia que orgánicamente rechazó el golpe.

Esa condena, más las cuentas pendientes que los militares se pensaban cobrar por la historia de los monedazos y el hecho de que una universidad crítica e independiente no entraba en su proyecto corporativista, debe haber terminado de condenar a la Universidad. Lo llamativo fue que las nuevas autoridades se tomaron un mes para intervenirla, cuando para cerrar las instituciones del gobierno constitucional no tardaron más que lo que lleva un sencillo trámite. La diferencia era que la intervención a la Universidad podía generar, como efectivamente sucedió, una fuerte respuesta del movimiento estudiantil.

Según cuenta el periodista e historiador Gregorio Selser en una nota escrita en agosto del 66, y recopilada en su libro "El Onganiato, la espada y el hisopo": "Psicólogos y sociólogos al servicio de la dictadura desde muchos meses antes del cuartelazo, han determinado el horario para el lanzamiento de la información. Juristas de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, posiblemente la Facultad más reaccionaria de América latina, han encontrado el texto que, eludiendo la palabra 'intervención', la produzca en la práctica en todas las universidades estatales argentinas..."

El viernes 29 de julio apareció el decreto-ley N° 16.912, firmado por Onganía, que anulaba el gobierno tripartito y subordinaba las autoridades -rectores y decanos- de las ocho universidades nacionales, al Ministerio de Educación, transformándolos en meros interventores.

Inmediatamente el rector de la UBA, Hilario Fernández Long, rechazó el nombramiento y simplemente se fue a su casa, mientras que su equipo de asesores presentaba unánimemente sus renuncias.

A su vez, en las facultades porteñas se realizaron asambleas para decidir qué actitud tomar. En algunas se continuó con las clases y en otras, como en Exactas, se procedió a tomar el edificio.

Una orden no escrita planteó que desde ese momento no se tolerarían protestas o acciones del movimiento universitario. Por eso *La noche de los bastones largos* sucedió sorpresivamente antes de que el plazo de 48 horas que tenían las autoridades para aceptar la intervención venciera.

Según cuenta Selser, uno de los más interesados en que se reprimiera a los estudiantes de Exactas era el general Eduardo Señorans, flamante titular de

la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), quien esa misma noche se habría reunido con el jefe de la Policía Federal, general Mario Adolfo Fonseca, para discutir los detalles de la "Operación Escarmiento".

El periodista también afirma que, desde el golpe, eran usuales las reuniones entre miembros de Tacuara y Enrique Martínez Paz, ministro del Interior e interino de Educación durante un mes.

La noche del último viernes de julio de 1966, la Guardia de Infantería entró y reprimió a alumnos y profesores en las facultades tomadas. En Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura (en la que hubo unos 130 detenidos) y especialmente en Ciencias Exactas, en donde la represión y las detenciones fueron mayores. El nivel de violencia e impunidad con las que actuaron las "fuerzas del orden" impresionaron a la opinión pública y causaron repercusiones en el exterior.

En Exactas la policía ingresó cerca de las once de la noche. El operativo, que contó con cinco carros de asalto, una autobomba y un centenar de agentes de la Guardia de Infantería, fue personalmente dirigido por Fonseca, a quien se lo habría visto conversando en las inmediaciones de la Facultad con un líder de Tacuara.

Finalmente, hubo unos 150 detenidos que fueron distribuidos en las comisarias 1a, 2a, 4a y 22a. Además, hubo cerca de 50 docentes que fueron liberados esa misma madrugada y que nunca figuraron en las listas de detenidos. Si bien la acción causó una crítica generalizada, la dictadura no actuó sola. Contó con pequeños grupos de profesores y alumnos que habían apoyado al golpe y que veían con agrado la persecución de "comunistas infiltrados" en la sociedad y, especialmente, en la Universidad.

La violenta intervención puso fin a una época de la UBA llena de mística que sus protagonistas -y muchos otros más- no pueden olvidar, aún cuando ya pasaron treinta años de la trágicamente famosa *Noche de los bastones largos*. ■

LOS PROTAGONISTAS

“LOS BASTONAZOS NO FUERON LO MÁS IMPORTANTE”

“Lo más importante de *La noche de los bastones largos* no fueron los bastonazos -que al fin y al cabo, teniendo en cuenta lo que vino después, fueron un episodio policial menor-, sino la intervención a las universidades”.

El autor de esta frase es nada menos que quien fuera rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) hasta la noche del 29 de julio de 1966, el ingeniero Hilario Fernández Long.

“En la Capital la gente piensa que sólo le ocurrió a la Universidad de Buenos Aires -continúa Fernández Long-, pero en esa época había ocho universidades nacionales en la Argentina y fueron intervenidas todas”. Para él, el episodio hay que verlo a la luz de lo que pasó en el país y no a través de lo que ocurrió en la Facultad de Ciencias Exactas solamente. “Aquí se destruyó la universidad nacional argentina -puntualiza-. Esa es la gravedad de *La noche de los bastones*”.

Desde su casa, ubicada a pocas cuadras del centro de Necochea, a 300 metros del mar, Fernández Long todavía trabaja en su estudio de ingeniería, que se encuentra en Buenos Aires y con el que se comunica a través del fax y del teléfono.

“Me mudé hace tres años -explica- porque tengo hijos que trabajan acá y porque es una ciudad tranquila”. Desde este reducto balneario, el otrora rector de la más grande universidad del país intenta revivir aquello que sufrió en carne propia durante la agitada década del sesenta.

“El episodio en sí -confiesa-, fue más que nada una venganza contra el decano de Exactas, Rolando García, porque los militares le tenían mucho odio a la gente de izquierda y pensaban que la Universidad era un nido de comunistas”. Pero Fernández Long no se cansa de repetir que “los bastonazos no fueron lo más importante, lo peor fue que destruyeron la Universidad. Por intentar acabar con un pequeño grupo, despedazaron la institución”, se lamenta.

Además, recuerda que García le comentó que en Exactas estaba el hijo de un general y que “ese chico se habría identificado tanto con la Facultad y estaba tan contento con el ambiente, que terminó haciéndose comunista. Entonces el padre del estudiante jamás le perdonó al decano que le hubieran pervertido al hijo, y que esa habría sido una de las razones del enañamiento con Exactas”.

Destaca que lo importante fue el decreto-ley por el cual el gobierno del general Juan Carlos Onganía intervenía las universidades. "Fueron muy astutos -reconoce-; como no se atrevían a nombrar interventores, pusieron en ese cargo a los propios rectores". El decreto también disolvía el Consejo Superior y acababa con la autonomía, vigente desde la reforma universitaria de 1918.

El artículo 7º del decreto decía que "los rectores o presidentes de las Universidades Nacionales y los Decanos de sus facultades respectivas deberán comunicar personalmente al Ministerio de Educación, dentro de las 48 horas de publicada esta ley, la asunción de las funciones que en ella se les atribuyen. La falta de comunicación oportuna autorizará al Ministerio de Educación a considerar vacante el cargo y a proceder a llenarlo". Pero algunos rectores, como Fernández Long, no mandaron nada ni tampoco fueron. "Por eso, cuando me preguntan si yo renuncié o me echaron -cuenta Fernández Long-, en realidad no hice ninguna de las dos cosas: simplemente no acaté la ley y me fui a mi casa".

Muchos rectores del interior imitaron su ejemplo, pero otros aceptaron ser interventores. "Fueron dos o tres que estaban con el golpe", revela. Pero la mayoría no accedió; "nos fuimos y a raíz de eso también renunció una parte importante de los profesores y de los investigadores", explica.

Aclara que lo que le molestaba a los militares era que creían que la Universidad era un centro de los comunistas, "cosa que no era cierta". El "fantasma del comunismo" llegó al extremo de que en 1965 se efectuara en la Cámara de Diputados de la Nación una interpelación al ministro de Educación, Carlos Alconada Aramburú, para que verificara si realmente había o no comunistas en la Universidad. Entonces, el funcionario le pasó la pregunta a Fernández Long, quien le contestó que "nosotros no vamos a andar preguntándole a la gente si es o no comunista".

El ex rector no duda en afirmar que "la revolución que le hicieron a Arturo Illia tenía como principal motivo intervenir a las universidades". Y agrega que "la noche en que el presidente cayó, la mayor parte del país estaba de acuerdo: el peronismo, la CGT, las fuerzas vivas, los empresarios, y los diarios, como *La Nación* o *La Prensa*.

Pero esa noche del 28 de junio, cuando Onganía tomó el mando, el rector hizo una declaración en contra del nuevo gobierno. "Fuimos de los pocos que se opusieron", se enorgullece.

Más tarde, ese mismo día, la mayor parte del Consejo Superior de la Univer-

sidad de Buenos Aires firmó una resolución en la que se repudiaba el golpe de Estado. Pero dentro de las universidades había decanos que estaban con el nuevo gobierno. "Por ejemplo -apunta Fernández Long- el de Derecho, el doctor Marco Aurelio Risolía, que durante ese mes que yo seguí siendo rector, me vino a ver y me dijo: 'Le vengo a comunicar que me han nombrado presidente de la Corte Suprema'".

Fernández Long cree que si Illia hubiera intervenido la Universidad, probablemente no lo habrían derrocado. "Los militares lo presionaban desde hacía un año -explica- pero el presidente nunca quiso hacerlo, a pesar de que sabía de que corría el riesgo de que lo echaran. Defendió la autonomía universitaria hasta último momento y nosotros se lo agradecemos mucho".

"El primer aventurero feliz"

Durante el mes que separó al golpe de Onganía de *La noche de los bastones largos*, lo curioso fue que ni los rectores hablaron con el Ministerio de Educación, ni el gobierno los llamó a ellos. "Hubo un silencio total -recuerda- aunque sabíamos que eso no podía durar. Pero nos llamó la atención que pasara el tiempo y la intervención no se produjera".

Los días siguieron pasando. Llegó el 9 de julio, y con él el festejo del sesquicentenario de la declaración de la Independencia, para lo cual se organizó un acto en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí, el rector habló con total libertad e incluso provocó al gobierno. "En mi discurso -detallé una frase de San Martín en la que él demuestra su preocupación por el destino del pueblo: 'Temo que, cansado de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz'. Aquí me estaba refiriendo a Onganía y lo pude decir libremente frente a los estudiantes, con un lleno de público y sin policías".

Ante la posibilidad cada vez más cierta de la intervención, se realizaron reuniones con estudiantes, para que estos descartaran la posibilidad de enfrentarse a la policía y de tomar la Universidad cuando llegara el día tan temido.

"Se dieron cuenta de que era totalmente inútil. Nosotros aconsejamos que no lo hicieran, porque si no Onganía hubiera mandado soldados para que los mataran a todos. No había nada que hacer", comenta resignado.

Finalmente, el 29 de julio llegó el decreto del gobierno, pero el rector y los decanos decidieron no comunicar nada, dar por intervenida la Universidad e irse para sus casas. "Había que resolver aspectos legales ya que yo era el

depositario de todos los bienes de la Universidad y debía transferírselos a alguien -recuerda-, entonces llamé al contador e hicimos un acta en la cual él se hizo responsable de los bienes hasta que unos días después, el gobierno nombró un interventor, el doctor Luis Botet”.

El temor de Fernández Long fue que el nuevo rector escarbara buscando cosas para acusar a él y a su gente de todo tipo de delitos. Pero eso no ocurrió. “Botet fue un hombre correcto dentro de todo -reconoce-, y no inventó nada raro, a pesar de que él era juez. Bueno, no había nada que encontrar, pero es muy fácil inventar esas cosas”. No lo perjudicaron ni tampoco lo persiguió la policía. “Me acuerdo que al otro día me llamaron de Chile y de otros países para saber si me habían atacado, pero debo reconocer que a mí no me hicieron nada”, admite.

Después de 1966 Fernández Long se dedicó a su trabajo, las estructuras, y regresó a la Universidad durante el gobierno de Raúl Alfonsín, al frente de uno de los laboratorios de la Facultad de Ingeniería. “Es que me nombraron profesor emérito”, recuerda con placer.

Su carrera política en los ámbitos universitarios comenzó en 1962 cuando lo designaron decano de Ingeniería y vicerrector de la UBA. Tres años más tarde, el doctor Julio Olivera, que era el rector, renunció, y hubo que elegir uno nuevo. Para eso se reunió la Asamblea Universitaria, que debió optar entre dos candidatos, Rolando García, por el reformismo, y Fernández Long, por el humanismo. Luego de dos votaciones en las que no se logró la mayoría suficiente, el último fue el vencedor. (Humanismo y reformismo eran las dos corrientes más importantes del país en materia de política universitaria. Reformismo desde 1918 y humanismo a partir de la década del 50.)

De García, su contrincante y referente máximo del reformismo, el ex rector recuerda que “era un peleador con nobleza. Una persona con la que uno discutía lealmente. Entramos siendo políticamente enemigos y terminamos apreciándonos”. El reconocimiento también surgía desde el ámbito reformista, ya que muchos de sus partidarios califican en muy buenos términos la gestión de Fernández Long, al punto de afirmar que “era humanista y sin embargo se comportó como un reformista”.

La respuesta del ex rector es que “los reformistas consideraban a los humanistas peores de lo que en realidad eran, a pesar de que compartían muchas de sus ideas”. Para él, la gran diferencia era que “dentro del reformismo había mucha presión del Partido Comunista de Moscú, y los humanistas querían liberarse de esa presión”.

El humanismo, que se formó sobre el pensamiento del francés Jacques Maritain, se asemejaba a la Democracia Cristiana “ya que era un movimiento de inspiración democrática, que no representaba a la mayoría de los intelectuales católicos, vinculados al nacionalismo, sino que era como su ala izquierda”, explica Fernández Long.

“En realidad yo actué de común acuerdo con los humanistas, no es que ‘a pesar de ser humanista actué así’; yo me desempeñé así justamente por ser humanista”, concluye.

“Con los reformistas éramos enemigos políticos, pero cuando llegó el momento en que las papas quemaron -advierte-, se dieron cuenta de que estábamos todos del mismo lado. No solamente yo, sino toda la gente del movimiento humanista, que estaba conmigo y sin la cual no hubiera podido actuar”.

Fernández Long se unió a los humanistas cuando éstos ganaron las elecciones en Ingeniería y le propusieron dejar su cargo de profesor para ser decano. “Era un movimiento en el que yo me sentía reflejado porque compartía sus ideas”, afirma.

Destaca que a lo largo de su mandato como rector, siempre se creyó apoyado por los estudiantes: “Me sentía respaldado tanto por los humanistas como por los reformistas”, recuerda. Como ejemplo pone una visita a la Facultad de Arquitectura, a la que asistió para hablar con los profesores y, cuando los alumnos se enteraron de su presencia, “salieron a las galerías para aplaudir. Yo tenía, realmente, un gran apoyo de todos”, reconoce.

La politización de la Universidad

A pesar de que en la Facultad de Exactas había una gran conciencia política, para Fernández Long la más politizada era Filosofía y Letras. “Posiblemente también lo fuera Exactas -concede-, pero allí estaban los mejores profesores y los mejores investigadores, lo que daba como resultado un nivel muy alto. Entonces, eso era lo importante, no la politización”. Agrega que, para él, era lógico que hubiera una intensa vida política “porque es algo que a los jóvenes les interesa hacer mientras están en la facultad: defender sus derechos”. Tampoco cree que la politización haya sido un defecto; “si hay buenos profesores, los estudiantes estudian y hay investigación, eso no hace ningún daño”, señala.

Las luchas políticas se extendían hasta el despacho del rector. “Peleábamos seriamente por el presupuesto -afirma-, íbamos al Congreso, discutíamos

con los diputados, estábamos encima de eso y a fuerza de lucha y más lucha conseguíamos que nos dieran dinero”. Una vez que se fijaba el escaso presupuesto universitario, había que discutirlo entre las universidades y allí los rectores se sacaban chispas. Más tarde, había que repartirlo entre los decanos y la lucha por la porción más grande volvía a aparecer. “Ahí aparecía Rolando García, que era un tipo muy peleador y muy rudo -evoca-, y cuando se trataba de presupuesto agarraba y agarraba plata y los vencía a todos. Gracias a eso, él tenía una Facultad que andaba bien, porque las cosas se hacen con dinero”. Además, García conseguía muchos subsidios de los Estados Unidos, como de la Fundación Ford o la Rockefeller. “Era un hombre de izquierda pero obtenía plata de los norteamericanos -remarca Fernández Long-, y así logró que Exactas fuera un centro de excelencia”.

Más allá de los subsidios que impulsaban a la Universidad, su fortaleza se asentaba en dos pilares: la autonomía y el gobierno tripartito. La primera era frente al gobierno. “Nosotros dependíamos del Poder Ejecutivo en cuanto al dinero -explica Fernández Long- pero, una vez que teníamos la plata, hacíamos lo que queríamos. Era como si el ministro de Educación no existiera”. Cuando había problemas, lo iban a ver directamente a Illia. “En contra de lo que se decía, el presidente era un hombre ejecutivo y muy rápido, que tomaba las decisiones enseguida” describe quien lo tuvo enfrente en varias ocasiones. Uno de los motivos principales de protesta era que llegaba fin de mes y no le giraban el dinero a la Universidad, entonces el rector y el tesorero iban a la Casa Rosada y, finalmente, la plata llegaba.

Con respecto al gobierno tripartito, en el Consejo Superior estaban los cinco representantes de los profesores, los cinco de los graduados y otros cinco por los estudiantes. Además estaban los diez decanos, que solían ponerse de acuerdo con los profesores y, de esta manera, controlaban el Consejo. “Los estudiantes contribuían, pero no es que manejaban la Universidad, como piensa la gente -desmiente Fernández Long-; además, al momento de seleccionar profesores, los más preocupados de que éstos fueran buenos y de mucho nivel eran los propios alumnos”. Con sus palabras pretende terminar con el mito de que los estudiantes proponían profesores poco exigentes. “Eso era totalmente falso”, remarca.

Enfrentando las críticas

Otro de los mitos de esa época, calificaba a la Universidad como una “isla”, alejada de la realidad del país. “Eso era una pavada porque todas las univer-

sidades son una élite. Allí es donde está la gente más culta de un país”, aclara Fernández Long. “¿Cuál sería la alternativa? -insiste- ¿Que no haya gente culta? No tiene sentido. Es natural que en una universidad esté la flor y nata de la intelectualidad de un país. Para eso están”, exclama. Pero lo que le molesta es la acusación de que no se preocupaban por el país. “No es verdad -responde-. Se resolvían problemas pero a un nivel alto y para el que no era universitario y no tenía cultura, eso le parecía una isla. ¿Pero de qué otra manera podía ser?”, se pregunta.

También había gente que acusaba a la Universidad de científicista, de tener una preocupación exclusivamente académica, una dedicación absorbente por la investigación pura, de espaldas a las necesidades básicas del país. “Estaban equivocados”, contesta hoy Fernández Long. Para él, “la Universidad debe ser científicista. Lo que ocurre es que las críticas provenían de gente inferior y mediocre”. Asimismo, asegura que la imputación de que las clases más pobres no podían ingresar a las facultades, también es falsa. “Muchísimos estudiantes trabajaban -aclara-, o sea que la persona que no tenía dinero y quería estudiar podía hacerlo”. Cree que hay que tratar de que la gente de clase social más baja pueda ir a la universidad con poco dinero, “pero, ¿qué más se puede hacer? -se interroga-: es gratuita, hay becas y en esa época había muchas más”.

Más allá de las críticas, está convencido de que aquella fue la época de oro de todas las universidades, no sólo de la UBA. “Había mucha investigación y gente que viajaba al exterior y luego volvía al país para aplicar sus conocimientos -agrega-; la Universidad tuvo un nivel muy alto que después no lo recuperó más”.

En cuanto a su evaluación actual de las facultades, comenta que “ya no son lo que eran”. Está convencido de que se perdió aquel nivel académico tan admirado en otros países, aunque le atribuye este efecto al escaso presupuesto. “No le asignan plata a la Universidad -argumenta- y sin dinero no se puede hacer nada bueno”.

Esta es la visión de un hombre de 77 años, que nació en Bahía Blanca y que estudió Ingeniería en Buenos Aires. De una persona que tiene como *hobbies* hacer música por computadora y traducir del chino. La visión de quien fuera nada menos que rector de la Universidad de Buenos Aires durante su época de mayor esplendor. ■

“SE PODÍA HACER CIENCIA EN SERIO”

Manuel Sadosky ha pasado los largos años de su vida muy cerca de la docencia y especialmente de la Universidad de Buenos Aires (UBA), en lo que para muchos fue su período más prestigioso. Un arreglado y acogedor departamento en Barrio Norte, que muestra esculturas y pinturas originales en sus paredes, lo tiene por habitante junto a su segunda esposa, Katún Troise (después de haber vivido por años en varios países de Europa, Uruguay y Venezuela). Y si bien su octogenario cuerpo se resiente un poco con la charla prolongada, su interés y permanente preocupación por los temas que lo motivaron toda su vida lo siguen apasionando.

A la hora de pensar en las causas y consecuencias de la violenta intervención a la Universidad en 1966, Sadosky no duda de que para comprender la importancia de esa oscura noche del 29 de julio hay que saber a qué ponen fin esos bastonazos y por qué es un quiebre único en la historia de nuestro país: “Desde 1956, y durante una década, se dio un modelo de universidad en la UBA con un proyecto científico y de un nivel académico que no se ha vuelto a producir”. Reflexiona e intenta ser más explícito: “Es difícil de entender para quienes no lo vivieron, pero ni siquiera se han recuperado hasta la actualidad los niveles del año 66”.

El doctor Sadosky se remonta a las primeras décadas de este siglo. “La famosa e importante reforma del 18, que permitió el cogobierno a los alumnos y graduados junto a los profesores, fue exclusivamente política, y de esas transformaciones no surgió una universidad moderna. El modelo español tradicionalista permaneció sin grandes modificaciones hasta el gobierno peronista, cuando los cambios en la Universidad fueron para peor. Se desvirtuó la autonomía, y el autoritarismo y la obsecuencia fueron los que definieron la docencia durante una década”. Siendo más explícito: “los no afiliados al Partido Justicialista, como yo, teníamos las puertas de las universidades cerradas, y la relatividad, que era de 1905, prácticamente no se estudiaba”.

Al mismo tiempo que las relaciones entre los universitarios y el gobierno se fueron haciendo más tirantes, con persecuciones y detenciones de los militantes, los profesores mejor formados se mantenían “dando clases particulares o con grupos de estudios. Yo, que tenía un doctorado en Matemática y que había estado en Europa dos años, me mantenía realizando trabajos editoriales. En esos duros tiempos, un profesor de filosofía de nombre Vicente Fatone, que en 1955 fue ternado para rector de la UBA, formó un grupo de

discusión en el cual participaban, entre otros y a mi lado, Gregorio Klimovsky, y donde conocí a Rolando García”.

Para la época en que el gobierno entró en su crisis terminal, hacia 1955, el antiperonismo de la Universidad era visceral. “Cuando se produjo la caída de Juan Domingo Perón, los militares en el poder reconocieron el aporte del estudiantado universitario a esa tarea, dejando prácticamente en sus manos la orientación posterior de la Universidad -recuerda Sadosky-. De esa forma se empezó a formar un sector renovador, con experiencia en el extranjero. Nos dábamos cuenta que se podía hacer ciencia en forma seria en nuestro país”.

Con la renovación salió a la luz gente nueva que marcaría la siguiente etapa de la Universidad. “José Babini, por ejemplo, el decano interventor de la Facultad de Ciencias en 1956-57. O Risieri Frondizi, a quien nombraron rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde promovió y logró el ingreso de las mujeres, entre otras innovaciones, venciendo una dura resistencia tradicionalista. A su alrededor, se fue conformando o que sería el grupo reformista que habría de promoverlo a rector de la UBA en 1958. También se destacaron las personas del grupo de Fatone y otras: Arístides Romero, Félix González Bonorino, en Geología, Zenón Lugones, decano de Farmacia y Bioquímica hasta 1966, Florencio Escardó en Medicina”.

“En 1956 nuestro objetivo era crear una universidad moderna teniendo como modelo los países más avanzados”. El tono de Sadosky se refuerza al rememorar una época efervescente: “Trajimos profesores del exterior, que después empezaron a venir solos, y enviamos alumnos a otros países a especializarse”. Se incrementaron los cargos de profesores full-time, se crearon carreras y se renovó el contenido de otras, apareció la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), el CONICET, un instituto de Pedagogía universitaria del que fue presidente, pero lo que mejor expresa el espíritu de renovación es el Estatuto de 1958. Y dice con orgullo: “Recién aparecía la biología molecular, el código genético es de 1953, pero en el 58 ya se estudiaba acá”. El no lo menciona pero en 1960 creó el Instituto de Cálculo, que dio nacimiento al campo de la computación en la Argentina y que importó de Inglaterra la primera computadora que existió en el país, un modelo Mercury a válvulas apodado “Clementina”.

Los subsidios en la picota

Dentro de ese proyecto existieron críticas y diferencias que le dieron a la época muchas polémicas: “Por un lado hubo debates muy importantes entre reformistas y humanistas; el más importante fue el de la creación de las universidades privadas, en 1958”. Por el otro, “había grupos influidos por el Partido Comunista que tenían una posición bastante cerrada. Consideraban que nuestro movimiento renovador servía al imperialismo y no al proletariado. Se gastaron muchos esfuerzos en peleas internas que no llevaban a nada. Un ejemplo fue la cuestión de los subsidios extranjeros. Yo era muy partidario de mirar con cuidado la no existencia de exigencias ulteriores en ellos. La posición extremista era de no recibir ninguna colaboración externa, ni siquiera becas”. Reflexiona un momento: “Mucha gente cree que nosotros implementamos una universidad científicista, poco relacionada con su sociedad, sin embargo durante esos años realizamos trabajos en YPF y en Ferrocarriles Argentinos, por ejemplo, tratando de hacer aportes a un proceso de racionalización”.

La transformación de la Universidad, que sucedió durante los rectorados reformistas de José Luis Romero y Risieri Frondizi, y los humanistas de Julio Olivera e Hilario Fernández Long, se vio interrumpida en forma abrupta por la intervención de la dictadura de Juan Carlos Onganía. Si bien en la UBA la medida afectó a toda la Universidad, la Facultad que fue elegida de ejemplo para la represión y el escarmiento fue la de Ciencias Exactas, donde Sadosky era vicedecano y profesor. A partir del decreto-ley 16.912 y su rechazo por el rectorado, “nosotros resolvimos resistir en un sentido simbólico, cerrando la puerta. Pensábamos que la policía podía intervenir, pero no se nos ocurrió que habría hechos tan violentos”. Y sigue: “Cuando la policía ingresó, nosotros nos presentamos como responsables de la ocupación. Ya salíamos pensando que nos llevarían a una comisaría, pero entonces empezó una ola de violencia muy grande. Recuerdo que había muchos policías pegando con palos de madera. A Carlos Varsasky lo hirieron en la cabeza y a mí también me golpearon. Me pegaron en la cara, pero no lo sentí. Recién me di cuenta después, en la comisaría, cuando pasé frente a un espejo”.

“Lo más deprimente fue que nos pusieron contra la pared del patio -la impresión y la vergüenza ajena vuelven-, y además las mujeres eran golpeadas igual que los hombres. También me acuerdo del profesor norteamericano Warren Ambrose, que no entendía bien lo que pasaba porque sabía que no había ánimo de hacer bochinche, sino de dejar sentada una posición”. Des-

pués de unas horas en las comisarías de la zona “a la mayoría de los docentes nos pusieron en libertad esa misma madrugada”.

Rápidamente se produjo un éxodo que dejó a la UBA desestructurada y con su excelencia destruida. Después de la intervención muchos profesores y sus grupos de estudios decidieron dejar el país. “La gente se fue a Perú, Venezuela y a Chile, donde hubo un escándalo tres años después porque los militares chilenos acusaron a los investigadores argentinos de ser espías de Onganía y los obligaron a abandonar el país. Cuando Salvador Allende llegó al poder anuló la medida, algunos volvieron y están todavía hoy allí. Otros viajaron a EEUU, Francia e Inglaterra, pero la mayoría permaneció en América latina”.

El doctor Sadosky vivió alternativamente en Uruguay y Argentina, hasta que una amenaza de la Triple A en 1974 lo decidió a emigrar a Venezuela, donde permaneció hasta el 79. Después estuvo en Barcelona por tres años y en 1983 regresó al país definitivamente.

Con los nuevos tiempos, ocupó la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación durante la presidencia de Raúl Alfonsín, y en esos años “estábamos muy preocupados por recuperar de alguna forma a la gente que se fue en el 66, e hicimos esfuerzos para contactarlos y en algunos casos facilitarles el retorno. Pero hoy, los investigadores argentinos más importantes en Ciencias están en el exterior”. ■

“LA BASURA MORAL DEL PAÍS”

La biblioteca de la Fundación Campomar parece salida de una serie norteamericana. Posee varios cubículos en los cuales se pueden acomodar grupos de estudiantes o de científicos para intercambiar ideas o, simplemente, para conversar. En uno de esos compartimentos se encuentra Luis Quesada, un biólogo de 50 años que encabeza uno de los equipos de investigación de la Fundación.

“La historia de Campomar, que está muy relacionada con la de la Universidad -precisa Quesada-, empezó en 1952 cuando echaron de la Facultad a Bernardo Houssay (quien en 1947 había recibido el Premio Nobel de Fisiología y Medicina) y a casi toda la “crema” de ese entonces. Era la época de “alpargatas sí, libros no”, agrega con tono un tanto despectivo.

Entre los que echaron, también estaba Luis Federico Leloir, alumno de Houssay que ya empezaba a tener nombre propio. A Leloir le habían ofrecido hacerse cargo de los Institutos de la Salud norteamericana pero prefirió quedarse en el país, una decisión que Quesada califica hoy como un error “por la importancia de lo que le estaban ofreciendo”.

Fue en ese momento cuando un industrial, llamado Jaime Campomar, compró una vieja casona sobre la calle Julián Alvarez, en Palermo, y se la regaló a Leloir y a su gente, para que organizara un grupo de trabajo. Más tarde se mudaron a Belgrano, a un viejo colegio de monjas, en Vuelta de Obligado y Monroe.

Cuando en 1970 le dieron el Premio Nobel de Química a Leloir, mucha gente donó dinero en efectivo para que se pudiera hacer un edificio y se construyó el que en este momento ocupa la Fundación, frente al Parque Centenario. En homenaje a aquellos que hicieron aportes, en todos los pasillos y armarios de Campomar hay placas con sus nombres.

“En general esta Fundación tuvo y tiene muchos problemas con los gobiernos peronistas o properonistas, como el de Juan Carlos Onganía -opina Quesada-, pero Leloir era apolítico y un conservador muy liberal, como los de principio de siglo, por lo que no discriminaba a nadie por su orientación política, salvo el peronismo, que lo había corrido”.

La Fundación está relacionada con la Universidad desde hace tiempo. En 1952 se empezó a hablar de hacer intercambios con Ciencias Exactas y en 1955, con la llamada Revolución Libertadora, se firmó un convenio entre esa Facultad y Campomar para que todos los profesores de la Fundación,

que se habían exiliado durante los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón, dieran clases en la Facultad.

“Era el *boom* -explica Quesada-; les dieron cargos de profesores investigadores y se creó el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales”. Agrega que, “a todo el grupo de profesores que estaba acá lo juntaron y ahora en Campomar funciona el Departamento número 11 de la Facultad, especializado en Bioquímica y Biología Molecular”.

Arrastrando el 66

Quesada era alumno de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires durante *La noche de los bastones largos* y, a pesar de los treinta años que pasaron, todavía está conmocionado por lo que vivió en esa época. “A mí me da vergüenza decirlo -confiesa-, pero sigo arrastrando el 66. En ningún otro momento de mi vida vi tanto horizonte ni tantas posibilidades de crecer con la gente de mi país y con el país entero”. Esa impresión de que se podían hacer cosas, se originaba en el Centro de Estudiantes de la Facultad. “Yo era reformista -recuerda-, aunque en esa época en las listas de la Facultad encontrabas gente de todas las tendencias”. Quesada no era dirigente pero participaba en el Centro. “Estaba en algunas comisiones, como la de biblioteca”, precisa.

“La sensación -describe- era como si en un pueblito de morondanga hubiese un equipo de básquet que no sólo le gana a todo el mundo, sino que comienza a competir internacionalmente y entra a ganar, a ganar y a ganar. Había una mentalidad ganadora, en el buen sentido de la palabra”.

Recuerda que el espíritu de trabajo se incrementaba día a día porque, según él, “se veía clarito que trabajando bien, a un muy buen nivel, podías competir con quien quisieras. Se había creado una mística impresionante”. Por ese entonces no era raro entrar en los laboratorios y ver a los estudiantes enfundados en sus bolsas de dormir a las 3 ó 4 de la mañana, para poder controlar los aparatos.

“Es que toda la Facultad vivía una mística global -se entusiasma-, que también se daba en otros lugares de la UBA, pero Exactas era la Facultad que más se prestaba porque se estaba viviendo el *boom* de la ciencia, que en el resto del mundo había aparecido después de la Segunda Guerra Mundial”. Según Quesada, “se estaba compitiendo y se les estaba ganando a investigadores norteamericanos, australianos, etc. Realmente se estaban haciendo cosas muy importantes”.

Lo destacable del sistema educativo de la Facultad de Ciencias era que,

cuando el alumno llegaba a primer año, le explicaban qué grupos estaban trabajando en tal tema y el estudiante iba a tocar la puerta del que más le gustaba. “Yo empecé en Ingeniería -relata- y después me mudé a Exactas y no lo podía creer; el primer año ya estaba en un equipo de investigación. Uno los ayudaba y, en compensación, ellos te explicaban qué era lo que estaban haciendo”.

“Había un sentimiento de que las cosas se hacían bien y había pruebas de que así era”, afirma orgulloso. Pone el ejemplo de una teoría científica desarrollada por un ruso, que la publicó en su lengua de origen y que, para que los estudiantes pudieran disponer de ella, el Centro de la Facultad contrató a un chico que tradujo el libro y que después fue publicado por el propio Centro. “En todo el mundo occidental -aclara-, los únicos que tenían disponible esa teoría éramos nosotros, y la teníamos en castellano”.

Inmediatamente aparecieron interesados de todas partes pero, como el Centro había hecho la traducción, no pudieron conseguir nada. “Cuando destruyeron la Facultad -revela- las editoriales norteamericanas se avivaron de que no había que pagar derechos de autor y la tradujeron al inglés”.

El Centro recibía revistas científicas que no tenía ni la propia biblioteca de la Facultad, ya que las tenía que pagar. “Nosotros -cuenta- las intercambiábamos por nuestra propia publicación, *Holmbergia*, que se llamaba así en honor a Eduardo Ladislao Holmberg, un famoso naturalista y científico argentino del siglo pasado”. Según Quesada, cuando el gobierno entró en el Centro y lo destruyó, a los números de *Holmbergia* “los vendieron como papel viejo o los quemaron”.

Otra muestra de que las cosas se podían hacer bien es toda la gente que se formó en esa época y a los que en este momento llaman la “mafia argentina”, “porque están en todo el mundo -explica Quesada- y en algunos casos ocupando lugares muy importantes”.

Para él, el motor de esto fue “el entusiasmo de ver que los proyectos se concretaban y tenían repercusión internacional, como los profesores que venían de otros países a estudiar con nosotros”.

La política era un aspecto muy importante de una Facultad en la que había tres centros de estudiantes: el de Matemáticas y Física, el de Ciencias Naturales (que abarcaba Biología y Geología) y el de Química, cada uno con sus agrupaciones. “Un centro era una cosa realmente seria, con mucho poder -explica Quesada-; por ejemplo, el de Ingeniería, “La Línea Recta”, era una empresa poderosísima, el mayor cliente de reglas de cálculo y de aparatos de

dibujo de toda la Capital. Era una empresa manejada y controlada por estudiantes, y en la que nunca se robó plata”.

Según recuerda, en el centro de Ciencias Naturales y en el de Matemáticas y Física siempre ganaban las listas del Movimiento Universitario Reformista (MUR), mientras que en el de Química a veces ganaban los reformistas y otras, el humanismo, al que Quesada describe como “la derecha católica más los peronistas confesos, porque ser peronista en la Facultad era muy mal visto. Todos consideraban que nadie medianamente inteligente podía ser peronista”.

En las elecciones solía haber una lista humanista y hasta dos reformistas. Las agrupaciones más extremas podían nuclear a los trotskistas que a veces formaban parte del reformismo aunque, en general, en las listas reformistas había radicales, comunistas ortodoxos, del Partido Comunista y otros comunistas disidentes. Según Quesada, el que más pesaba en el MUR era el radicalismo, “de todos los colores, desde gente bastante conservadora hasta tipos prácticamente de izquierda”, y el Partido Comunista, “que eran pocos pero muy bien organizados”.

“La cueva bolchevique”

“A Exactas le habían puesto la etiqueta de que era la ‘cueva bolchevique y revolucionaria’ cuando lo que en realidad ocurría -precisa Quesada- era que los que estábamos allí nos dimos cuenta de que se podían hacer cosas a pesar de estar en Latinoamérica”. La identificación de la Facultad de Ciencias con el comunismo fue tan poderosa, que después, “durante la década del 70, por el solo hecho de haber estudiado allí, no te daban armas en el servicio militar”, grafica.

Señala que había un detalle muy particular en los centros: “No se postulaba a nadie si por encima de todo no era ‘un chico tope’. Pero no era fácil encontrar un chico diez que la tuviera clara ideológicamente en lo que se refería a la reforma y al gobierno tripartito”.

Si bien está convencido de que los que militaban en el humanismo eran, en su mayoría, católicos conservadores, reconoce que había una ala “honesta” y ahora se lamenta por “lo mal que los tratamos en esa época; los veíamos a todos como fascistas y no todos lo fueron. Lo que pasa es que tenían gente armada dentro de la Facultad que tuvo protagonismo *La noche de los bastones largos* agarrando a algunos alumnos y apuntándoles a la cabeza”, agrega enfurecido. Aunque reconoce que “había algunos conservadores de derecha

que servían para defender la Facultad, también había provocadores y pistoleros. Así como Exactas tenía una izquierda fuerte, también había una derecha armada”, acusa.

En cuanto a la mística, “sentíamos que la Facultad era algo distinto que se escapaba del promedio y que estaba trascendiendo a nivel mundial a través del intercambio”, define el biólogo. Para él, “esa actitud principista de Exactas de defender la universidad tripartita, ese intento de suprimir en gran medida las ideologías para defender los principios, fue algo que le molestó especialmente a la policía”.

Durante el gobierno del radical Arturo Umberto Illia hubo una gran agitación universitaria que tuvo dos motores principales: la falta de presupuesto y la polémica por el envío de tropas a Santo Domingo en 1965. “Eran las ‘relaciones carnales’ de ese entonces”, bromea.

Según calcula Quesada, en Exactas había unos 1.500 alumnos pero a las manifestaciones iban en bloque unas 600 personas, poco menos de la mitad de la Facultad. “Es que había mucha conciencia”, explica.

El hecho de que las agrupaciones estuvieran bien organizadas hacía que, ante la violencia, también respondieran en forma organizada: en una multitudinaria manifestación, en la que mataron a un estudiante (Daniel Horacio Grinbank), la policía utilizó a la caballería para dispersar a la multitud y, los que cargaron contra la columna de Exactas, terminaron todos en el suelo por los bulones que les habían tirado en el pavimento.

“Además -explica- la Facultad no se prestaba a la provocación durante las manifestaciones; nadie podrá decir que agarraron a gente de Exactas queriendo o haciendo algo, porque había un buen método para detectar a los canas que se infiltraban”. La policía solía introducir a agentes encubiertos que cursaban y que identificaban a los estudiantes que militaban en el Centro o que eran candidatos.

La Guardia de Infantería de la Policía Federal había intentado entrar varias veces a Exactas, con la excusa de que se habían refugiado manifestantes. “En varias ocasiones -recuerda-, el primero que estuvo en la puerta para no dejarlos entrar fue el decano, Rolando García, y en una oportunidad, antes de *La noche de los bastones largos*, lo golpearon. El se ponía en la puerta y mandaba llamar a un escribano o a un juez y finalmente la policía no entraba”.

Sin embargo, al menos una vez las fuerzas policiales ingresaron en el recinto universitario. Fue en el ala de Biología, que quedaba sobre la calle More-

no y que se encontraba alejado del resto de la Facultad, que se hallaba sobre Perú. "Llegaron hasta el hall -narra Quesada- alegando que estaban persiguiendo a unos manifestantes que habían agredido a policías. El intendente de Biología llamó al decano pero, hasta que García llegó, la policía entró y desde los pisos de arriba les tiramos de todo: víboras grandes (que no hacían nada pero impresionaban) y muchos otros bichos".

Pero en Exactas no sólo "atacaban" con animales, sino que también empleaban otros métodos poco ortodoxos: "Nosotros -aclarar- éramos los únicos que teníamos un curso de ruso, con un tipo que era buenísimo, pero donde la mitad de los alumnos eran policías y entonces, cuando los detectábamos, los cargábamos: les hacíamos estudiar un montón". "Había un ambiente de excelencia académica y de joda permanente que volvía locos a los canas", resume Quesada.

Intento fallido

Además de suscitar odios, la policía lograba cosas que parecían imposibles, como que los integrantes de diferentes agrupaciones se unieran para enfrentarlos. "Eso me fascinaba -confiesa Quesada-; cuando los mismos tipos con los que vos discrepabas ideológicamente veían que un cana pisaba el suelo de la Facultad, abandonaban las clases y salían en masa a los patios, igual que el resto de la gente, para silbar y putear. Finalmente la cana se tenía que ir".

Ese espíritu de grupo tuvo dos consecuencias: por un lado, incentivó la imaginación de los estudiantes, para quienes la Facultad parecía "inexpugnable" (así la define Quesada), pero también juntó mucha bronca del otro lado, el de los supuestos representantes de la ley y el orden.

"La Policía Federal, sobre todo su Guardia de Infantería y algunos otros cuerpos uniformados, sentían que habían chocado con García, con Manuel Sadosky, y nos la tenían jurada", admite Quesada. "Mientras estuvo Rolando la policía no podía entrar a la Facultad y, si lo hacían, les tirábamos de todo, porque teníamos unos químicos muy buenos que fabricaban cualquier cosa: gases lacrimógenos o compuestos con fósforo", revela hoy con humor.

Pero, a su juicio, todo esto tuvo un detonante: el acto de los militares en el monumento a Julio A. Roca, en Diagonal Sur y Perú, durante el mes que transcurrió entre el golpe de Illia y la intervención. De acuerdo a su relato "llegaron al monumento, tocaron la marcha de San Lorenzo e hicieron un discurso. Los alumnos de todas las aulas salimos a los balconcitos que da-

ban al monumento y les tiramos monedas. Yo, en realidad, no tiré porque me pareció una huevada y una provocación tirar monedas a los generales. Por desgracia, esa vez tuve razón".

"Esa provocación individual fue fatal -continúa-, porque de alguna manera los milicos y el jefe de la Policía Federal, que también era un militar, dieron vía libre. Como si pensarán: 'Todas las otras se las perdonamos, pero ésta no. Que les tiren cascotazos a la Guardia de Infantería, vaya y pase, están para eso, pero monedazos a la cúpula militar, no'. Y así llegó *La noche de los bastones largos*".

La noche de los bastones largos se vivió en duplicado porque, según explica Quesada, el día del golpe a Illia, ocurrido un mes antes, la Policía Federal mandó un escuadrón por delante del Ejército, que avanzó desde el río, y se paró en la calle Bolívar. "Se cortaron las calles -recuerda- y nosotros cerramos las puertas e hicimos una asamblea en la que sufrimos una importante provocación al igual que en *La noche de los bastones largos*. Pensábamos que ese iba a ser el día en que barrieran con Exactas: que iban a entrar, que nos iban a desalojar (juez mediante) y que iban a cerrar la Facultad por un tiempo. Nadie pensaba en algo peor. Pero esa noche no ocurrió".

Lo que evitó los golpes que vendrían después fue el "lobby universitario", las propias autoridades de la UBA, que se pusieron en contacto con el exterior y lograron que, al darse cuenta el gobierno de que había mucha gente "mirando" lo que iba a suceder, las tropas retrocedieran.

"Durante prácticamente un mes, hubo 2 ó 3 amagos por semana de tomar la Facultad -apunta Quesada-; traían los carros de la Guardia de Infantería y nosotros cerrábamos las puertas del edificio porque el decano tenía miedo de que pasara algo".

Cuando finalmente se decretó la intervención de la Universidad, la policía rodeó la Facultad de Ciencias. "En ningún momento pensaron en hacer un desalojo pacífico -acusa Quesada- porque una vez que hirieron al decano y le pegaron al profesor norteamericano, la gente se impresionó mucho y no quería más quilombo. Sin embargo, ellos siguieron pegando, y a las mujeres también las golpeaban, especialmente en la cara".

Su actuación durante esa noche fue bastante peculiar. "Yo fui uno de los que se escapó por una de las ventanas del Aula Magna para ir a defender la sede de Biología". En Moreno al 300, en lo que había sido un viejo garaje, se había construido un entresuelo en donde se instalaron los gabinetes, mientras que en la planta baja se habían colocado las aulas. Allí tomaban clases los

futuros biólogos.

“Cuando vimos que se venían, la gente de Biología que estábamos en la asamblea, nos descolgamos por uno de los enormes ventanales del Aula Magna para tratar de cerrar la sede y poner una barricada para que no pasaran”, relata.

Pensaban que si los policías no lograban entrar iban a poder llamar a un juez para que viniera con una orden y que entonces tendrían margen para encontrar una solución. “No nos imaginábamos que podía pasar lo que pasó -admite-, porque fue la primera vez que se desataron con tanta violencia”.

Explica que él fue testigo de lo que sucedió pero que lo vivió todo desde afuera y que eso le dio “mucho calor durante varios años”. Es que algunos estudiantes de Biología se salvaron porque, cuando fueron a defender la sede de Moreno, ya no había nada que proteger. “Metieron una tanqueta y como era un galponcito de mierda, tiraron todo abajo -explica con bronca-. Entonces nos escapamos de Moreno y volvimos para Perú, pero ya no pudimos entrar. Estaba todo completamente bloqueado y la policía intentaba ingresar por el Decanato, en donde después golpearon al decano y a varios profesores que estaban reunidos en asamblea permanente”.

“Había muchos agentes -recuerda- y se dice que en esa ocasión el ejército prestó hombres, aunque a mí no me pareció. Eran los mismos tipos de la Guardia de Infantería de siempre, y ya los conocíamos”.

Finalmente los policías entraron: tiraron las puertas abajo, las desfondaron y a la gente que salía la golpearon. “Ellos hicieron dos filas, desde la calle y los pasillos de la Facultad hasta el patio central. A todos los que agarraron los hicieron pasar por el medio de las filas golpeándolos, y a las minas les tiraron golpes como para marcarlas”, narra encolerizado.

Mientras tanto Quesada y sus compañeros estaban afuera insultando. Había llegado gente de otras facultades para protestar, pero los policías sólo reprimieron adentro, a pesar de que afuera también había gente de Exactas (los de Biología de la calle Moreno y otros de la sede de Florida).

“Ellos hablaron mucho, no sé si dijeron exactamente ‘escarmiento’ -duda Quesada-, pero gritaban ‘esta vez se la vamos a dar bien’. Además de los policías, afuera también estaban los integrantes de las bandas de ultraderecha, armados, circulando y reconociendo gente”. Se detiene un momento y luego continúa: “Eso fue el prelude de lo que vino después. Yo conozco la trayectoria de cierta gente que empezó en los 60 en grupos armados del secundario, por ejemplo del Otto Krause, vinculados al servicio de informaciones de

la Marina, que fueron los mismos que después estuvieron en la Facultad hasta el 66 y mucha de esa gente reapareció en la década del 70 ya madurita matando, denunciando y llevándose gente. Eran las mismas caras, hubo una sospechosa continuidad”, acusa.

La banda de los boludos idealistas

“A pesar de que fueron medidos y controlados -analiza-, los canas cometieron un error: ‘masacrar’ al matemático yanqui. Eso cambió todo, porque el resto hubiera sido igual y la gente de la Universidad se hubiera tenido que conseguir individualmente un lugar para trabajar en el exterior, pero fue un escándalo mundial y las ofertas vinieron en paquete”.

El ejemplo es que a Campomar le ofrecieron mudar el instituto entero a Estados Unidos o a Brasil, pero Leloir decidió quedarse: “De Campomar se fue relativamente poca gente -revela Quesada-; no habrá sido más de la mitad”.

La cifra de los que “emigraron” de Exactas es mucho mayor; “echaron o renunciaron el 75 % de los docentes”, calcula.

“Lo que pasa es que si no renunciabas eras cómplice de un montón de cosas; entonces, no podías quedarte -reflexiona-. Y cuando los grupos de trabajo se iban a Chile, Venezuela o los Estados Unidos, se iba el equipo completo: el profesor titular, el asociado, el adjunto, el ayudante de primera, el de segunda y los estudiantes más avanzados”. Así fue como los científicos argentinos se desparramaron por Latinoamérica. “Toda la Química Inorgánica de Chile se hizo con gente de acá y lo mismo pasó con la Ecología y la Física de Brasil o la Oceanografía de Venezuela”, asegura.

En cuanto al 25 % que quedó en la Facultad, afirma que eran “sin excepción, gente de lo más jodida y lo más crápula, o gente sin conocimientos”.

Las desventuras de Quesada en Exactas se extienden más allá de *La noche de los bastones largos*. “Además de que me cerraron la Facultad, en el 66 tuve problemas muy serios -recuerda- porque yo fui del grupo de boludos idealistas que se negó a dar las materias con gente que no sabía nada. Y eso que si las dabas te aprobaban porque tenían necesidad de mostrar una imagen de normalidad”. Lo que le molestó fue que “el que te tomaba el final no sabía de qué estabas hablando; nosotros sabíamos más que ellos. Así que me negué a dar materias y perdí tiempo”. Mirándolo treinta años más tarde, opina: “Fuimos boludos porque nos atrasamos muchísimo en la carrera. Además, a los que habíamos estado en el Centro nos tenían marcados en

listas negras y hasta el día de hoy me amenazan”.

Más tarde, durante la dictadura militar, permaneció en el país. “Tuve suerte -reconoce-; a mí me echó la misión Ottalagano en 1974, sin ninguna razón y todavía estoy en juicio. Así me salvé de que me sacaran de los pelos en el 76”. Para ese entonces, Quesada ya estaba en la Fundación Campomar y, “como era alumno de Leloir, no me tocaron”, asegura. “En general acá no molestaron a casi nadie, aunque algunos se tuvieron que escapar”, admite.

Sin embargo, lo que más le dolió de ese proceso de desintegración de la Facultad, fue la gente que se hizo cargo a partir de ese momento: “Lo que pasó -concluye- fue que a partir de *La noche de los bastones largos*, entró a Exactas la basura moral del país”. ■

EL HUMANISMO Y LA REFORMA

Durante la década del 60 se instaló en los claustros universitarios una lucha política que tuvo como principales protagonistas a los humanistas y a los reformistas. Si bien en un análisis simple se podría identificar a los primeros como “centristas” y a los segundos como “izquierdistas”, la realidad era más compleja, ya que en las dos agrupaciones había simpatizantes de diversas vertientes ideológicas, aunque en ambos casos predominaban los de la centro-izquierda.

Si la violencia de *La noche de los bastones largos* se concentró en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, el bastión del reformismo, en donde se destacaban su decano Rolando García y su vice Manuel Sadosky, eso no quiere decir que el humanismo no se sintiera igualmente afectado por la intervención. Por el contrario, el rector de la UBA, Hilario Fernández Long, así como sus colaboradores directos, todos ellos humanistas, fueron desplazados de sus cargos el mismo 29 de julio de 1966.

Un año antes, García y Fernández Long se habían enfrentado en la votación que decidiría quién continuaría con el mandato del doctor Julio Olivera, que había renunciado al rectorado. Si ambos eran las cabezas visibles del reformismo y el humanismo, respectivamente, detrás de ellos había un grupo de trabajo que contaba con sus propios ideólogos. Uno de los motores del humanismo fue Ludovico Ivanissevich Machado, quien ocupó el cargo de Secretario General de la Universidad durante el mandato de Olivera y el de Fernández Long.

“En 1962 -apunta Ivanissevich-, nuestro candidato, el doctor Olivera, ganó porque los reformistas terminaron votando por el que consideraban que era el ‘mal menor’: prefirieron a un humanista antes que a un hombre de derecha, como era el doctor Marco Aurelio Risolía”. Así fue como Olivera ganó su cargo de rector y como Ivanissevich, elegido por aquél, llegó a la Secretaría General.

En ese entonces él era profesor de la Universidad del Litoral pero al ingresar como secretario general, pidió licencia porque “era un cargo *full-time*”. Se desempeñaba como secretario del Consejo Superior y del rectorado. No había nada que firmara el rector que no llevara también su rúbrica. “Era el embudo por dónde pasaba todo”, grafica hoy. Si bien tenía que estar en todas las reuniones del Consejo Superior, Ivanissevich no participaba en él

ya que no tenía voz ni voto. Igualmente siempre tenía trabajo: "Había pilas de expedientes para resolver o críticas de los decanos que atender", recuerda. Además desempeñaba una tarea más diplomática: la de ser el nexo entre profesores, graduados y alumnos, para que todo funcionara sobre ruedas. "Era una especie de 'eminencia gris'", bromea ahora.

Su departamento en el barrio de Palermo está lleno de libros, plantas y objetos decorativos, que demuestran que este ingeniero civil ya retirado y con 69 años de edad tuvo una época en la que cobraba más dinero que la mísera jubilación que ahora le pasa el Estado.

A pesar de todo, Ivanissevich no se deprime y continúa con su relato que lo lleva a los orígenes del humanismo. "Era un movimiento que se entroncaba totalmente con la del rectorado del reformista Risieri Frondizi y los de Olivera y Fernández Long. Se puede decir que en la Universidad fue toda una época, del 55 al 66", subraya.

Según él, las coincidencias con los reformistas eran importantes: "Dialogábamos desde diferentes puntos de vista, pero con la misma metodología y las mismas ideas centrales acerca de la Universidad. Por eso, entre todos, se pudo hacer el Estatuto Universitario, que fue un verdadero modelo", destaca. Sin embargo para Ivanissevich había una diferencia significativa: "nuestra insistencia con el pluralismo y un tenue sectarismo durante la época de Risieri Frondizi", apunta. A su juicio eso fue lo que acentuó la separación entre los dos grupos.

El humanismo encontraba a la reforma perfectamente compatible con sus propios fines. "Nosotros creíamos en la libertad de cátedra y tribuna -detalla-, en la departamentización, en la apertura de la Universidad a todas las clases sociales y, por eso, éramos partidarios de la gratuidad de la enseñanza". También apoyaban lo que la reforma significaba como movimiento de proyección social, "ya que también se volcaba hacia las reivindicaciones obreras de aquel momento", recalca.

Los "reformistas-humanistas"

De lo que estaban en contra era de lo que denomina la "neutralidad cerrada", o sea, "la ideología muy cerrada que había dentro de los reformistas", que los llevó a ellos a llamarse "humanistas" para diferenciarse de aquellos a pesar de que, según él, "éramos 'reformistas-humanistas' porque creíamos en la reforma". Explica que tomaron ese nombre para "no estar en un debate permanente acerca de quien tenía la ortodoxia sobre la reforma".

Si bien el humanismo universitario vio la luz en la Facultad de Ingeniería, a principios de la década del 50, para después extenderse a otras universidades del interior del país, sobre todo en Rosario y Bahía Blanca, el movimiento humanista había nacido unos años antes, después de la Segunda Guerra Mundial.

"Era la época en la que la Democracia Cristiana se extendía por Europa -relata Ivanissevich- pero, en nuestras universidades, casi toda la gente de orientación cristiana era profundamente reaccionaria y muy pro fascista. Entonces, lo nuestro fue algo muy original para la Argentina, aunque no para el resto del mundo", admite.

Aunque el humanismo era un grupo autónomo y que incluía gente de diversas religiones, nació de un núcleo católico. "Yo fui fundador del humanismo y del Partido Demócrata Cristiano en la Capital Federal, al que renuncié cuando asumí mi cargo en la UBA", comenta.

El nombre de humanismo, proviene de un libro de Jacques Maritain, llamado *Humanismo Integral*, en el que se proponía la apertura progresista del cristiano en el mundo moderno. "Maritain propone una sociedad pluralista -define Ivanissevich-, pero aquí era al revés, había cursos de cultura católica y los intelectuales de inspiración cristiana eran pro fascistas". Los libros de Maritain estaban condenados por la Iglesia y el propio humanismo fue también rechazado por los altos sacerdotes. Para Ivanissevich eso demuestra que "el nuestro no era un grupo eclesialístico o para-eclesialístico, sino que era un grupo de gente de inspiración cristiana, que estaba en contra del totalitarismo del gobierno peronista del 45". Según él, la figura del Juan Domingo Perón de ese entonces no era la misma que la del 55 o del 75. "Lo que pasa es que Perón se había formado en Italia y tenía un contagio fascista tremendo, y quienes lo apoyaban eran los 'nazionalistas' con 'z'", agrega muy serio. Además, su recuerdo de la política universitaria de ese entonces no es el mejor: "Sociológicamente, nosotros éramos un grupo homogéneo de clase media que se sentía herida por esa política. Durante su primer gobierno se intervino la universidad -recuerda- y el interventor fue nada menos que Oscar Ivanissevich, mi tío, quien terminó echándome de mi puesto de profesor".

A pesar de su profunda fe católica, Ivanissevich fue tomado por comunista en una oportunidad. "Fue en los 50 -relata-; yo estaba con el periodista e historiador Gregorio Selser en una reunión de la Federación Universitaria y cayó la policía, que nos mandó a la seccional por ser 'comunistas'". Lo que pasó

fue que ese día tuvo lugar la famosa huelga de ferroviarios en la que hasta debió intervenir Eva Perón, y alguien los denunció creyendo que era una reunión de complicidad con el paro. "Lo más divertido -comenta jocosamente- fue que después nos revisaron los bolsillos y encontraron rosarios; entonces los policías no entendieron nada". En Filosofía también había un grupo de protestantes con los que se juntaban los humanistas. "Para esa época, que católicos y protestantes estuvieran juntos era toda una novedad", señala Ivanissevich.

La situación se modificó luego del Concilio Vaticano II de 1962-65, que ratificó parte de las demandas que el humanismo venía exigiendo desde hacía un tiempo. "Nosotros nos consideramos preconciarios en el sentido de que éramos postconciarios mucho antes. Fuimos precursores de lo que después surgió en el Concilio", asegura. Ivanissevich fue el que introdujo en la Argentina al movimiento Economía y Humanismo, en el que se analizaba, entre otros escritores, a Carlos Marx.

"Era un movimiento muy de vanguardia -afirma-, que en ese momento era mirado con cautela por la Iglesia y que era directamente agredido por la derecha eclesíastica, que condenó a muchos de sus autores".

"Después del Concilio todo esto pasó a ser casi palabra oficial", enfatiza. A partir de ese momento la Iglesia empezó a hablar de las diferentes libertades, como la de cátedra. Se logró que el humanismo no fuese condenado -revela-, como ocurrió durante la Revolución Libertadora, en la que apareció la llamada Unión Federal que reunía a la tradición católica profascista cercana a los militares, que apoyaron una pastoral que no alcanzó a ser legitimada, pero que firmó la Comisión del Episcopado, en la que se censuraba al humanismo. Decía que ningún católico podía ser humanista". Aunque la pastoral no hablaba del movimiento universitario, para Ivanissevich era obvio a quiénes se refería.

"El Concilio sirvió para frenar parcialmente a esa rama reaccionaria de la Iglesia y para ratificar lo nuestro pero, en realidad, no tuvo influencias mayores", concluye.

La fractura

Si bien el Concilio ayudó al humanismo, éste no tardó en fracturarse, a partir de la intervención universitaria.

"En el grupo de los fundadores tuvimos una posición muy firme -asevera-, pero en una segunda generación, hubo gente que fue directamente a colabo-

rar con Onganía". En realidad, la agrupación se partió en tres. Porque hubo otro grupo que se radicalizó y llegó, por un lado, a estar aliado con movimientos trotskistas y, más adelante, con la guerrilla.

De esos tres grupos que podrían considerarse como de centro, derecha e izquierda, respectivamente, el que más rápido desapareció fue el primero, al que pertenecía Ivanissevich. "Lo que pasó -explica- fue que con Onganía hubo una supresión de toda actividad política visible. Entonces, los centradados que no quisimos pasar a la clandestinidad para conspirar de una manera, digamos violenta, nos quedamos sin mucho que hacer".

Sin embargo, a principios de 1966 el humanismo estaba vivo y coleando, a pesar del golpe militar que ya se respiraba en el ambiente: "Nosotros ya lo veíamos venir -admite Ivanissevich-, se reflejaba en la campaña de los medios, en las notas de Mariano Grondona en *Primera Plana*, de cómo alababan la figura de Onganía".

La campaña también era en contra de la Universidad, e Ivanissevich señala algo muy curioso. "Mientras que por derecha se la acusaba de comunista, a pesar de que su rector era católico, también era tildada de científicista por los trotskistas".

El día en que se produjo el golpe, Fernández Long entró a su despacho (Ivanissevich era del grupo que lo ayudaba a preparar los discursos) y le dijo: "Quiero escribir una declaración que empiece así: 'En este día aciago en el que se ha atentado contra todos los poderes constituidos'". Aquella declaración del rector de la Universidad de Buenos Aires, que luego fue ratificada por el Consejo Superior, fue una de las pocas en el país que se pronunció institucionalmente en contra de la autodenominada "Revolución Argentina".

El comprender por qué fueron los únicos, le ha costado a Ivanissevich un largo tiempo: "Creo que fue la lucidez universitaria -arriesga-; nos dimos cuenta de que una de las causas del golpe fue acabar con la Universidad y no lo íbamos a permitir". Para él, los militares respondieron a lo que demandaban el Pentágono y la Casa Blanca: "terminar con los focos de subversión, como las universidades de Latinoamérica que se oponían a la invasión de Santo Domingo", acusa. Agrega que había una gran influencia de los Estados Unidos: "Los generales de por acá iban a estudiar a West Point y entonces había una clara denuncia del movimiento estudiantil en contra de eso". La Universidad veía a la guerra de Vietnam como una lucha "imperialista, inhumana y absolutamente injustificada" y protestó por eso, algo que a los

norteamericanos no les cayó nada bien.

El mes que transcurrió entre el derrocamiento del presidente Arturo Illia y la intervención a la Universidad, fue de mucha tensión en el rectorado. “Esperábamos la intervención todos los días -confiesa Ivanissevich-, y yo pasé muchas noches durmiendo en el rectorado para dar una sensación de resistencia, de presencia”. Además, no había diálogo con el gobierno: “La primera comunicación oficial fue el propio decreto de intervención”, recuerda. Cuando el 29 de julio el Ministerio del Interior nombró interventores provisorios a los propios rectores, derogó el Estatuto Universitario y disolvió los órganos de gobierno, Fernández Long optó por irse a su casa, mientras que todos los que estaban con él, Ivanissevich incluido, resolvieron renunciar. “La reacción inmediata fue que si aceptábamos eso y esperábamos que echaran uno por uno a quienes ellos consideraban comunista o procomunista, iba a ser terrible -describe-; entonces llegamos a la conclusión de que había que provocar una reacción en masa, irnos, pero el compromiso fue quedarse en países de Sudamérica”.

Según él, lo grave fue que “los profesores que se fueron eran los que estaban a la vanguardia de la investigación y de todo lo que tenía de novedoso la Universidad -se lamenta-; esa fue la época de esplendor de la Universidad, que se quedó sin los centros de investigación o docencia moderna. Eso no se restauró y trajo la mediocridad”, sentencia.

Calidad humana

Ivanissevich cree que ese esplendor se debía a la “calidad humana” de esa época. Explica que “durante los primeros gobiernos de Perón, la Universidad se había degradado totalmente y con la Revolución Libertadora volvieron muchos investigadores que se habían ido, como Bernardo Houssay, que trajeron nuevas ideas. Se implementó la política de mandar alumnos a universidades extranjeras, durante uno o dos años y que después volvieran al país para aplicar sus conocimientos”. Define a ese esquema como “voluntarista” y agrega a que eso se debió a que “después de un momento totalitarista, llegó uno pluralista, y el pluralismo enriquece”.

También destaca que uno de los problemas eternos de la universidad era el presupuesto. “Con Arturo Frondizi como presidente se le dio mucho presupuesto a la educación, pero con Illia ya había que luchar por el presupuesto”. Recuerda que en esa época debían bregar para que les llegara dinero y que el presidente de la Cámara de Diputados les decía “sigan, sigan en la

lucha”, pero que “no le sacábamos nada”.

Por último afirma “que en 1955 los militares se dieron cuenta de que Perón había agredido a la Universidad y querían, de alguna manera, desagrarla”. Para él, la prueba está en que el primer interventor fue José Luis Romero, “un hombre muy inteligente y capaz”. Sin embargo el desagravio no duraría mucho; el 29 de julio de 1966 la Universidad fue cruelmente pisoteada por las botas militares. ■

UN PROBLEMA DE DIGNIDAD

Cuando la intervención del 66 cambió la historia de la UBA, junto a los profesores que impulsaban un proyecto renovador y a los estudiantes que eran sus principales beneficiarios, había un grupo importante de jóvenes que empezaban su carrera docente y de investigación. A la Facultad de Ciencias Exactas se había incorporado mucha gente que había estudiado o se había terminado de formar en la universidad posperonista con un muy buen nivel. Esas personas recuerdan con mucho cariño una época en la que el proyecto universitario modernizador y sus fuerzas juveniles se mezclaban en una mística muy especial, que ha quedado inscripta en el pasado. Rubén Cucchi destapa hoy una cerveza fría mientras se acomoda en un sillón. Tiene 66 años pero no los aparenta y está jubilado del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) desde hace dos años. A su derecha se sienta su esposa, Susana Sommer. La pareja "juega" de visitante pero se siente local por una larga amistad con la dueña de casa, Renata Wulff, que se ubica cerca de ambos mientras empiezan a brotar los recuerdos de la Facultad que los tuvo a los tres por estudiantes y después como docentes. "Fue una época muy especial: la universidad de oro. Por los logros que había realizado la UBA, especialmente en ciencias duras, verdaderas" (se ríen de la jerga poco conocida por el público no universitario). Susana hace justicia: "También hubo avances importantes en las ciencias sociales. En 1957 se crearon las carreras de Sociología y de Psicología. La medida del nivel académico era la posibilidad de integración que tenían los egresados de nuestras facultades en el exterior". Su marido trata de hacer más explícita la idea: "Los universitarios que salían del país no iban a hacer maestrías como ahora sino que, con la formación local, realizaban doctorados en las mejores universidades del mundo".

La renovación no había sido exclusivamente en el ámbito académico. La Universidad también se había radicalizado políticamente. En sus pasillos se discutía un modelo de país y prevalecía una actitud crítica ante la realidad nacional que trajo muchos dolores de cabeza a los gobiernos democráticos y fue insoportable para el dictador Juan Carlos Onganía. Rubén completa la imagen: "Como siempre, había diversidad de opiniones. La izquierda más ultra tenía una postura anticientificista", y Susana agrega: "Las disidencias eran estratégicas, pero existían coincidencias de fondo. Teníamos conciencia de que había un proyecto".

La comunidad universitaria era democrática y contrastó con los sectores que apoyaron el golpe contra el presidente Arturo Illia o que lo vivieron con indiferencia. "Era una oposición principista. Los principios democráticos se habían cortado. Se estaba en contra del golpe, sea cual fuere", dice Susana con la aprobación de la anfitriona.

La tarde del 29 de julio de 1966, el gobierno militar resolvió la intervención a la Universidad, desatando horas después *La noche de los bastones largos*. Susana estaba en su casa cuidando a su hija de 1 año y se enteró por la radio del motivo de la demora de su esposo. Rubén, que era Jefe de Trabajos Prácticos en el departamento de Geología, estaba en la Facultad y presenciaba la reunión del Consejo Directivo. "Cuando estaba entrando la policía, el Consejo en pleno abandonó la sala de reuniones. Adelante de todos salió Rolando García. Yo estaba a un costado suyo, a la derecha, dos o tres pasos atrás con otra gente alrededor. Cuando llegamos adonde estaba el monumento a Alejandro Volta, se acercó un suboficial retacón y feo. García le dijo: 'Soy el decano de la Facultad', y el tipo le contestó: '¡Qué decano ni qué carajo!', o algo similar, y le sacudió un bastonazo. Nos hicieron descender por una escalera hacia el patio central donde comenzamos a ser amontonados contra la baranda que daba a la parte de Genética, ubicada en el subsuelo".

¿Inestabilidad o julepe?

Los detalles dramáticos siguen apareciendo. "En el patio había una construcción y unos tablones sobre el piso. Yo no sé si temblaba más por la inestabilidad o por el julepe... Era tanta la gente que se formaron 4 ó 5 hileras entre la pared y los policías. Yo estaba en la primera fila mirando a la pared y de espaldas al Aula Magna. Los que tuvieron la poca suerte de quedar en la periferia recibieron muchos bastonazos".

Rápidamente todos los ocupantes del edificio terminaron allí. Entre ellos, Renata, que era docente del curso de ingreso de la Facultad. "Cuando estábamos en el patio, oímos órdenes de un oficial que sugerían un simulacro de fusilamiento: 'Listos, preparados, apunten...' Me agarré de la mano de Lidia Pizzini, una amiga que estaba al lado mío y le dije: 'No nos pueden fusilar a todos, esto es ridículo'". Después de 30 años, las risas surgen fuertes, pero entonces la reacción había sido muy distinta. "No dijeron 'fuego', pero llegaron hasta ahí".

Agredidos y asustados, los estudiantes y docentes de Exactas fueron sacados por la puerta de Perú 222, entre una doble fila de policías bastones en

mano. "Movían los bastones rítmicamente, no te pegaban directamente -explica Rubén-. Los revoleaban mientras pasábamos. Podías esquivar alguno y el que la ligaba, la ligaba". Renata tuvo suerte: "Me pegaron pero no me lastimaron". En cambio Rubén recibió "un golpe suave en la cabeza y otro en la espalda que me provocó la fisura de una costilla. Había mucha gente ensangrentada. Nos metieron en los celulares y a mí me llevaron a la seccional 1a. que está en la calle Lavalle".

De las comisarías del centro, que se vieron colmadas de detenidos y heridos, la gente empezó a salir en forma arbitraria. Algunos antes, otros después, y a lo último los que tenían antecedentes políticos o de militancia universitaria. "Donde yo estaba había unas 30 personas con miedo e incertidumbre. Estábamos angustiados, y no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar allí", confiesa. Rubén temía la repetición de una anterior experiencia estudiantil: en 1954 había pasado seis meses detenido por ser secretario del Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales, pero esta vez no fue así: "Me largaron unas 36 horas después".

Susana era ayudante de primera en el departamento de Biología. Su noche no fue la de los bastones pero fue igualmente angustiante e inolvidable. "Eran las 12 de la noche y yo estaba sola en mi casa con una beba chiquita, por lo cual no podía salir. Estuve despierta escuchando la radio hasta las 5 de la mañana, que me pareció una hora prudente (no sé por qué) para llamar a mis viejos. Vinieron. Mamá se quedó con Adriana y papá me llevó en auto a las comisarías a averiguar dónde estaba Rubén". La búsqueda no resultó tan rápida como hubiera querido. "Había empezado la joda de la cana de pedir a los familiares los nombramientos de los docentes para dejarlos salir. Todo el mundo iba y volvía... Después estiraban la liberación durante horas. Te decían: 'Dentro de una hora salen, dentro de una hora salen' y uno daba vueltas y vueltas. Durante años no pude volver a cruzar esa cuadra de Lavalle. Cuando por fin lo largaron, nos fuimos a la casa de mis padres (teníamos miedo de ir a la nuestra), y allí él descubrió que estaba sumamente dolorido. Se fue a hacer ver por un médico y tenía una costilla fisurada".

Inmediatamente después de la intervención y en un proceso iniciado por las autoridades académicas, comenzaron a llover las renunciaciones de los profesores y sus ayudantes. "Prácticamente al día siguiente renunció casi el 80 % de la Facultad, y la mayoría se fue del país", recuerda Renata.

Los padres de Susana la invitaron a repensar la renuncia ("se quedan los dos sin trabajo"). Pero fue terminante; "por un problema de dignidad -explica-; el

día de mañana no vamos a poder mirar a Adriana a la cara y decirle: 'A tu viejo lo apalearon pero yo igual me quedé'. Sobre las renunciadas se discutió, entonces y mucho tiempo después, si había sido la mejor táctica o no. Yo creo que si no hubiésemos renunciado nos hubieran echado despacito. La pregunta es si era mejor que nos echaran en vez de irnos”.

El éxodo

A partir de esa noche las cosas cambiaron mucho para demasiada gente. “Fue un punto de inflexión en la vida del país y del medio universitario. Hubo consecuencias institucionales para la nación, para la ciencia y otras más privadas -destaca Susana-, que enfrentó a toda una generación que vio frustrado su proyecto de vida, que tenía que ver con la investigación y la academia. Unos pudieron seguirlo y otros no”. Recuerda la situación de la pareja: “Nosotros nos íbamos a ir afuera ese mismo año, con una beca externa. A mí ya me la habían aprobado y en pocos días más se iba a terminar el trámite formal... Con la intervención, la beca se anuló. Entonces, de golpe, todo el proyecto que yo tenía hasta ese momento cambió totalmente. Después recibí una carta de la Universidad diciendo que por ese año no se iban a entregar becas”.

El proceso de reubicación en el exterior fue relativamente fácil para los profesores de más renombre, pero más complicado para los docentes más jóvenes que no pudieron engancharse en algún equipo de investigación. Con todo, Renata viajó a Venezuela inmediatamente: “Me fui casi enseguida a Caracas”. Pero para Rubén “no fue tan fácil. Estuve dos años inactivo. Tenía ofertas en Berkeley, en el New York College y en Holanda, pero no tenía guita ni lugar de inserción para la vuelta. Finalmente fuimos a Venezuela adonde llegué el 4 de enero de 1968. Allí teníamos una amiga llamada Renata -mira de reojo a la dueña de casa-, que me dio una verdadera mano. En la Facultad de Ciencias Naturales y Exactas, la intervención, las renunciadas y el exilio deterioraron la calidad de la enseñanza y permitieron que los que no renunciaron, el 23 % de la plana docente y gente nueva, menos formada o que coincidía políticamente con la dictadura, se hiciera cargo de la educación. Podría decirse que eran unos cagones”. Rubén insiste: “Esa es la palabra que mejor refleja la situación: tenían miedo. Miedo de perder su trabajo, miedo de ser detenidos...” Susana agrega: “Para muchos mediocres fue la chance de hacer carrera, que no hubiesen hecho nunca en condiciones de real competencia”. Después, con los años, fueron sucediendo cosas peores “y

siempre quedaban los mismos” reflexiona Susana.

En 1973, con el regreso de la democracia, “a nadie se le ocurrió ejercer su derecho a la reincorporación, porque era el mismo departamento constituido después de las renunciadas del 66 -generaliza Rubén-. Era como meterse en un nido de víboras, gente de poca... moral. Alguna de esa gente sigue estando todavía hoy”. Susana deja salir su bronca: “En realidad fue una buena táctica. Después de quedarte en el 66, ya tenías un cierto estomaguito y luego cada vez te bancás más cosas: la confección de listas negras, la destitución de profesores, la desaparición de personas...”. La sombra del horror del Proceso 76-83 ronda la conversación.

Tanto Susana como Renata retomaron el contacto con la UBA, dando un posgrado en Psicología e investigando en Ciencias respectivamente. Para ellas es imposible no comparar las dos universidades que les tocaron vivir. “Ahora el nivel es irregular. Hay carreras buenas y otras muy malas”. Por eso, no pueden evitar ver *La noche de los bastones largos* como la marca indeleble de “la destrucción de la Universidad”.

La botella de cerveza, vacía desde hace un rato, escucha atenta: “La destrucción de la Universidad llegó inclusive hasta en la parte física, porque a algunos ámbitos de la calle Perú los transformaron en una playa de estacionamiento”. Rubén arriesga inseguro: “A lo mejor me equivoco, pero para mí toda la supuesta recuperación histórica de la Manzana de las Luces es un bluff total. Donde era Zoología, se había combatido a los ingleses en 1806; hoy es un puesto de artesanías de segundo nivel. El Aula Magna era el lugar físico donde en 1839 habían asesinado a Manuel Vicente Maza y cosas así”. Susana deja salir, con mucha tristeza, su última reflexión: “Es un símbolo de la destrucción total. La Facultad donde yo estudié no existe más. En esa época se hacían estacionamientos; hoy se habría construido un shopping”. ■

“TODO ERA UNA FIESTA”

“*La noche de los bastones largos* fue la irrupción del golpe en la Universidad. Nosotros intuíamos lo que iba a pasar: fue la crónica de una muerte anunciada”. Quien así habla trabajó como geóloga la mayor parte de su vida. En 1966, estaba en la última etapa de su carrera en la Facultad de Ciencias, y era ayudante de segunda en la cátedra de Mineralogía del doctor Aristides Romero. Para Alicia Spiegelman, esposa y madre de dos hijos, la intervención de la Universidad fue el fin de una época muy especial.

No estuvo cuando la policía entró en el viejo edificio de la calle Perú. “Ese día me fui de la Facultad al mediodía y, cuando quise volver a la noche a la asamblea, me avisaron que no fuera, que la íbamos a ligar. La verdad es que tuve miedo y no volví”. La intervención era esperada, pero no de una manera tan brutal. “Fue horrible. Una pérdida atroz. La Facultad estuvo meses cerrada y no tenía nada que hacer. Sentí una sensación de orfandad muy fuerte”.

Las consecuencias de *La noche de los bastones* son muy claras para Alicia: “Fue el principio de la destrucción de la educación pública en la Argentina, en todos los niveles: primario, secundario y universitario. Lo que no destruyeron en ese momento, por ejemplo quemar los libros de EUDEBA, lo hicieron después en el 76 con las publicaciones del Centro Editor de América Latina (CEAL), que había sido creado por los renunciantes de la editorial universitaria”. Y agrega: “Un verdadero símbolo fue la destrucción de la edificación de Perú, que ocurrió cerca de 1970. No había ninguna necesidad de hacerlo, no habían razones técnicas para tirarla abajo. Donde ahora hay un estacionamiento había una construcción nueva, toda de hormigón, donde funcionaban varios laboratorios y a la que jocosamente llamábamos ‘Rolando Palace’, el Aula Magna, una parte vieja con aulas, lindera con el Colegio Nacional de Buenos Aires, como así también la biblioteca y la hemeroteca”. La intervención fue un quiebre doloroso en la historia universitaria; “a veces cuesta más recordar ese momento que lo que fue antes o después. Porque la anterior fue la mejor época de la UBA, desde todo punto de vista: académico, político, incluso como experiencia vital de uno”. La idea la resume en una expresión: “Todo era una fiesta”.

Para Alicia Spiegelman fue esa una época de gran nivel en la UBA, “y en ese contexto Exactas era una privilegiada. Tenía un porcentaje muy importante del presupuesto universitario”.

Los fondos que permitían a la Facultad tener un buen funcionamiento parecen increíbles en la actualidad. "Por ejemplo había plata para que los alumnos asistiéramos a congresos". Pero eso no es todo: "Yo hice mi tesis de licenciatura con recursos de la Facultad. Así pude viajar en avión con un asistente a los Valles Calchaquíes, en Catamarca, pagar baqueanos, alquilar animales, vivir en hoteles y estar un mes trabajando en el área".

Los estudiantes tenían un objetivo preciso. "La aspiración era recibirse, quedarse como docente en la Facultad, investigar y enseñar. Porque económicamente con un sueldo de ayudante de primera se podía vivir".

La Facultad era un hervidero

El recuerdo de los años 60 surge con fuerza: "Era una época de mucha efervescencia, de mucha libertad. La Facultad era un hervidero. Los laboratorios funcionaban a pleno, había recursos para la investigación. Era una época de mucho trabajo, de mucho estudio". En el mismo paquete de la actividad académica venía incluida la militancia política. "Yo había militado en la izquierda tradicional, pero en Exactas estuve en el Frente Estudiantil de Liberación Nacional (FELNA). Allí estaba toda la 'ultraizquierda': el MLN, los de la Juventud Universitaria de Izquierda Nacional (JUIN) y otras agrupaciones. Nos reuníamos en el Centro de Estudiantes de Física y Matemáticas, que era el más izquierdista y, a la vez, el más combativo".

Había además otras agrupaciones: el Movimiento Universitario Reformista (MUR), la Liga Humanista y los de derecha, como el Sindicato Universitario y los Independientes, entre otros. Pero Alicia considera que las diferencias más importantes en el estudiantado se definían en forma muy simple: "La división más marcada es que estabas con el reformismo o con los humanistas".

En esa época la postura sobre el peronismo era muy conflictiva y se estaba transformando velozmente. "El peronismo en Exactas no tenía mucha gravitación". Pero reconoce hoy que hubo un cambio de valoración: "Lo empezamos a ver desde un punto de vista no gorila e idealista. Y desde ese momento el peronismo empezó a ser algo fantástico".

Una sonrisa acompaña los recuerdos. "Eran los 60, todo se podía. Era la época de la Revolución Cubana. Yo creía que el mundo podía ser mejor, más justo y humano". A la politización la acompañó un fuerte movimiento cultural. "Existía el Di Tella, a uno le interesaba ir al cine, el Lorraine siempre estaba lleno...". Alicia hace un balance: "Eran actividades por ahí no popu-

lares, pero sí masivas".

Esos años de desarrollo académico e intelectual no privaron a la UBA de fuertes conflictos internos. "Fue un período muy combativo y de mucha discusión. Rolando García era muy polémico. Estaba siempre presente el tema del antimperialismo y, principalmente, el debate del cientificismo". Desde la izquierda el cuestionamiento del modelo de universidad era muy fuerte. "Viéndolo a la distancia no sé si era cientificista. Pero sí me parece que era elitista. No en un sentido económico, por que los recursos y las becas brindaban posibilidades reales de estudiar. Era elitista en cuanto a su concepción". Y explica: "Se vivía mucho viendo cuál era la última moda de investigación en EEUU y en Europa. Lo importante era lo que publicabas y cuántos *papers* tenías. Había un alto nivel de formación científica y se priorizaba sobre todo la investigación. Creo que se perdió la posibilidad de insertar la Universidad en un proyecto de desarrollo tecnológico del país". Por si todo esto fuera poco, "la Facultad era un ámbito donde había una dura lucha por el poder, y se consumían muchas energías en eso".

Alicia considera que "acá hubo siempre una total desvinculación de la industria respecto de los centros de formación de técnicos y científicos. El empresariado nacional prefería el 'lo arreglamos con un fierro'".

Las críticas también incluyen decisiones polémicas tomadas tras *La noche de los bastones largos*. "Visto a la distancia, la renuncia masiva fue un acto de soberbia. Para mí fue un error, un vaciamiento voluntario. Facilitó algo que probablemente se hubiera dado igual, pero de otra manera". Alicia enfatiza: "Les permitió emerger y tomar posición a todos los que estaban relegados por razones académicas fundamentalmente. Entró la mediocridad y el oscurantismo".

También destaca los diferentes caminos que tuvieron que enfrentar quienes dejaron el país, porque "una parte de los que presentaron la renuncia sabía que sería reubicada en el exterior en grupos de trabajo, por negociaciones previas a la intervención. Pero mucha de la gente que renunció se quedó sin empleo un largo tiempo, en malas condiciones, muy descolocada y se reinsertó con grandes dificultades. Algunos terminaron en empresas como FATE y otros en organismos estatales, como la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA)".

La Universidad, una isla

Alicia pone como ejemplo su caso: "Yo no dejé mi cargo de ayudante porque a los docentes alumnos no se les planteó que renunciaran. Fue una cosa hablada y acordada; nosotros nos teníamos que recibir". Pero las cosas no salieron como esperaban: "Cuando al año siguiente se llamó a concurso para ayudantes, ninguno de los que no habíamos renunciado volvimos a acceder al cargo".

"En definitiva, se pudo hacer una renuncia tan masiva y limpia porque la Universidad era una isla. Estaba aislada del resto de la sociedad. ¿A cuántos les importó que se fueran todos esos docentes y científicos?", se pregunta y se contesta: "Creo que a muy pocos y, por el contrario, pienso que muchos se pusieron contentos".

Quienes se hicieron cargo de la Facultad no sólo tenían diferencias de nivel académico con el grupo de profesores reformistas y humanistas. "Eran los más reaccionarios. Venían de ciertas cátedras en especial. Como dicen los biólogos, había 'nichos ecológicos' -gráfica-; la gente más reaccionaria se juntaba en Geología y, en un sentido cuantitativo y cualitativo, el resto se nucleaba en las disciplinas analíticas y orgánicas. Acomodaron a la gente más retrógrada y frenaron todo posible cambio". Para Alicia era un grupo definido: "La Facultad quedó en manos de lo peor del humanismo. Eran tipos fascistas, antisemitas y misóginos. Después los fui encontrando a lo largo de mi carrera y en distintos ámbitos profesionales, y el problema era siempre el mismo: ser 'comunista', mujer, judía".

Al mismo tiempo que el nivel de la enseñanza bajaba, la discriminación política cayó sobre la gente progresista que quedaba. "Fue terriblemente persecutorio. Durante el año que seguí como ayudante de segunda en mineralogía, tuve alumnos que por asistir a una asamblea fueron dejados libres. Entonces algunos docentes les dábamos clases en otra parte para que pudieran presentarse a los exámenes".

El movimiento estudiantil, que había sido tan fuerte en el período previo, trató de enfrentar las nuevas condiciones. "La lucha se hizo clandestina. Había actos de repudio y asambleas. Por ejemplo, cuando yo juré el título, no le di la mano a quien era el decano en ese momento".

Para Alicia, el vaciamiento del 66 tuvo un caso paralelo posterior. "En 1974 hubo una gran depuración con la misión Ottalagano. Esa vez los docentes fueron cesanteados por criterios políticos a través de listas negras confeccionadas dentro de la Facultad. Los que quedaron en el 66, o renuncia-

ron y más tarde volvieron, fueron echados en ese mismo momento". Las consecuencias de la intervención de la Universidad en 1966, se extienden más de lo que parece a primera vista. "Sin el golpe de Onganía no hubiera sido posible el Proceso del 76, porque una de sus condiciones básicas fue la destrucción de la educación y de ese 'nido de alquimistas marxistas' que, según ellos, existía en Exactas". ■

OTRA CALAMIDAD NACIONAL

“La noche de los bastones largos se transformó en uno de esos símbolos de calamidades nacionales, como el Proceso que comenzó en el 76”. Está sentado en una pequeña oficina, de 2 por 3 metros, en el doceavo piso del moderno edificio de la Universidad de Belgrano. La vista muestra las altas torres del barrio hacia el lado del centro, pero no llaman la atención de quien las ve usualmente.

Para Gregorio Klimovsky, docente y flamante profesor emérito de la UBA, importantes causas de la violenta intervención de la Universidad en los últimos días de julio del 66, están en acontecimientos políticos ocurridos bajo el gobierno de Arturo Illia. En abril de 1965 los Estados Unidos intervinieron militarmente en la República Dominicana. Para no cargar exclusivamente sobre sus espaldas el costo político de coartar el derecho de autodeterminación del pueblo dominicano, pidieron a los países miembros de la OEA que colaboraran en “la lucha contra la infiltración comunista en el continente”. El gobierno del doctor Illia sufrió fuertes presiones para que participara en la defensa del “modo occidental y cristiano de vida” y, al mismo tiempo, amplios sectores de la población se expresaron contra el envío de tropas argentinas. Entre estos últimos se destacó la comunidad universitaria: “La UBA pidió una entrevista con Illia, estuvieron varios docentes, graduados, profesores y estudiantes. Yo participé de esa reunión, como profesor y miembro del Consejo Superior Universitario. Expusimos buenas razones contra la participación argentina en la isla antillana, basadas en la doctrina Drago de no intervención y en la tradición neutralista radical. Fue poco tiempo después de esa charla que el presidente terminó de decidir el no envío de tropas. A los militares no les hicieron ninguna gracia ni la postura ni la gestión, y terminaron por convencerse de que éramos comunistas”. Para tensar aún más las relaciones entre las Fuerzas Armadas y universitarios, amén de los constantes enfrentamientos entre los militantes y la policía en los actos públicos y de las presiones al gobierno radical por el tema universitario, en octubre del 65 se produjo un recordado incidente. “Hubo un acto de homenaje a Julio A. Roca. Parece que en medio de la ceremonia oficial algunos estudiantes trotskistas (que para esos momentos están mandados a hacer) se subieron a la terracita en la parte de la ochava que daba al monumento y empezaron a tirarles monedas a Juan Carlos Onganía y a los funcionarios que estaban con él”. Klimovsky analiza: “Onganía era un hombre muy

simplista y de poca inteligencia y razonó así: 'Si los estudiantes hicieron eso desde la Facultad, fue con incitación y anuencia del decano'. Entonces el interés personal se sumó a los enfrentamientos anteriores”.

Fue de esta forma como “se empezó a preparar la Operación Escarmiento. Estaba planeada una terrible represión al menor intento de resistencia y se temía que las balas a usar no fueran de goma. El ejército tenía una carpeta voluminosa dedicada al supuesto problema universitario”. Después del golpe del 28 de Junio, fue una cuestión de tiempo.

“La noche de la intervención yo estaba en Rosario dando una conferencia. Volví al día siguiente y pude hablar con la gente de la Facultad, el vicedecano Manuel Sadosky, Amílcar Herrera y Aristides Romero, secretario de la Facultad. Según ellos y otra gente que me contó, cuando la Infantería de la Federal ordenó el desalojo en cinco minutos, desde adentro se aconsejó a muchos profesores de edad que se retiraran. Al mismo tiempo quedó muchísima gente en el edificio: alumnos, graduados, profesores y el Consejo Directivo en pleno sesionando”.

Según le relataron, “a los pocos minutos se ordenó cargar. La mayoría de los presentes eran muchachas. Cuando ingresó la policía, comenzaron a apalear a las mujeres y a los hombres por igual. Se pegó en manos, cabezas y piernas. Después los obligaron a salir por la única puerta que quedó abierta y ahí la policía demostró su capacidad de hipocresía. Atajándose a lo que se podía ver desde la calle, los que estaban cerca de la puerta decían: 'Por aquí señorita, por aquí señor' y los metían en los celulares”.

Las heridas fueron de importancia: “El decano tuvo una fisura en la mano, Aristides Romero una fractura en la clavícula y en una costilla, el doctor Sadosky un golpe cortante en la cabeza por lo que llegó a su casa bañado en sangre, produciendo una fuerte impresión a su primera esposa, Cora Ratto. El doctor Julio Simón sufrió un golpe en la cabeza que le produjo una seria hemorragia que se derramó en su sobretodo. Cuando se mandó la prenda a la tintorería se la pesó antes y después: la diferencia era de poco menos de 2 kilos”.

Debates y renunciaciones

La represión se extendió a otras facultades como Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura. Si bien no fue tan feroz como en Exactas en cantidad de detenidos, no faltaron ejemplos de violencia institucional. En Ingeniería, “un estudiante avanzado perdió un diente de una trompada que le pegó un policía. Un episodio estándar”.

Cuando al día siguiente volvió de Santa Fe a la Capital Federal, “se realizó entre los docentes una serie de reuniones para ver que se hacía. Se produjo, un debate entre los que pensábamos qué había que renunciar y los que propiciaban luchar desde adentro de la Universidad. Pero, tarde o temprano todos los que se quedaron, o se acomodaron servilmente a la nueva situación o fueron echados, simplemente porque habían sido profesores antes de la intervención”. Klimovsky, quien consideró que había que abandonar la UBA, se puso de ejemplo. “Dejé mi puesto de profesor de matemática con dedicación exclusiva de la Facultad de Ciencias y renuncié al Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, del cual era director. De mi cargo como consejero superior de la UBA ya se había encargado el decreto de intervención”.

Las renunciaciones empezaron a reproducirse en forma masiva. “Renunciaron más de 1.000 docentes, de los cuales 300 serían profesores. Fueron masivas en Exactas, Filosofía y Letras y en Arquitectura. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, entre el golpe y la intervención y en previsión de lo que podía pasar, “se había hecho una gestión que se denominó Operación Transplante. Se contactaron universidades latinoamericanas como la Nacional de Chile y la de la República en Uruguay para la posible inserción de los profesores argentinos. Se fue muchísima gente de primera línea y casi todos los equipos de investigación, y los planes que había acá quedaron completamente interrumpidos”.

Durante las etapas posteriores de la autotitulada Revolución Argentina “hubo un interés por recobrar esa gente, pero no se concretó. Con la vuelta a la democracia, en el '73, no hubo un proceso importante de reincorporaciones. El clima político había cambiado tanto, que veían a todos los profesores de la época previa a Onganía como científicos y cómplices con ciertos tipos de intereses en pugna con la patria socialista”.

La destrucción de la Universidad y el éxodo de muchos de los mejores investigadores argentinos por todo el mundo fue el costo que el país pagó por el intento de los militares de hacer realidad su fantasía de una sociedad obsecuente y acrítica. Para Klimovsky “recién en 1983-1985 -momento en el que él volvió a la UBA como decano normalizador de Exactas-, a casi 20 años de *La noche de los bastones largos*, alguna de esa gente volvió al país y a la Universidad”.

Pero no bastó para alcanzar el nivel de excelencia perdido. ■

“¿CÓMO NOS VANA FUSILAR?”

Cristina Wisnivesky había ingresado en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires en 1961, y sentía al viejo edificio de la calle Perú como su “primer hogar”. “Yo vivía en la Facultad -recuerda-. Una vez mi viejo llegó a dejarme una nota pidiéndome que le diera una foto mía porque hacía quince días que no me veía”.

En Exactas se desarrollaba la que tal vez fuera la actividad científica más importante del país, además de una intensa vida social. “Teníamos una biblioteca impresionante y además organizábamos partidos de ajedrez, campamentos y grupos de cine”, relata Wisnivesky.

También estaban al tanto de las últimas novedades científicas mundiales. “Teníamos profesores que cuando se estaba descubriendo el código genético en los Estados Unidos, ya nos daban clase de lo mismo”, ejemplifica la actual profesora de Parasitología de la Facultad.

“Era un ambiente muy estimulante -rememora- y en donde se discutían ideas. Hablábamos sobre epistemología, metodología científica, debatíamos acerca del rol de la universidad y de si debíamos o no recibir subsidios de la Rockefeller o de otros organismos internacionales”.

A uno de los impulsores de ese esquema universitario, Rolando García, decano de la Facultad desde 1957, Wisnivesky lo emparenta con el desarrollismo de Arturo Frondizi. “Su grupo se veía como la cabeza científica de ese proyecto”, señala. Si bien tilda a García de “manipulador”, la bióloga admite que era un “cientificista confeso” y que la principal falla en sus planes fue que “no consiguió aliarse con otros sectores sociales y se quedó solo”.

En esa época, Wisnivesky militaba en la izquierda nacional, que se aliaba alternativamente con los comunistas y con los trotskistas.

A su entender, la división entre los partidarios del reformismo (inclinados hacia la izquierda) y los del humanismo (de orientación cristiana) no era muy clara. Pone como ejemplo al rector de la Universidad, Hilario Fernández Long, a quien califica de “tipo progresista, a pesar de pertenecer al humanismo”.

En ese entonces el mapa político de Exactas se completaba con el Partido Comunista, los trotskistas, un partido de centro al que Wisnivesky compara con la actual Franja Morada y otras pequeñas agrupaciones de izquierda.

“También existían grupos de derecha, como la Alianza Libertadora Nacionalista de Guillermo Patricio Kelly, que siempre venía a provocar”, agrega.

Resistencia pacífica

Desde su oficina, en el cuarto piso del Pabellón II de la Ciudad Universitaria, se pueden observar las marrones aguas del Río de la Plata en las que navegan pequeñas embarcaciones. Sin embargo, Wisnivesky no ve nada de eso. Su mente no está en 1996, sino treinta años antes, en aquel 29 de julio de *La noche de los bastones largos*.

“Eso fue en realidad una gran *vendetta* contra Exactas, que fue la Facultad con la que más se la agarraron” precisa Wisnivesky, que en 1966 estaba por recibirse de bióloga y había ganado un concurso de ayudante de primera.

A medida que avanza en el relato, empieza a crecer su bronca por lo que ocurrió esa noche y por lo que sucedió después, por aquel espíritu de Exactas que se perdió con la intervención.

“Nosotros sentíamos que la Facultad era algo fuera de lugar y que nosotros éramos intocables”, rememora. Fue esa sensación la que los llevó a enfrentarse a policías y militares mucho antes del 29 de julio. “Recuerdo que hubo un acto frente al monumento al general Roca y que nosotros les tiramos de todo desde los balcones de la Facultad”.

Esa impresión de que estaban más allá del bien y del mal fue uno de los motivos que impulsaron a muchos estudiantes a quedarse a defender el viejo edificio de la Manzana de las Luces aquella noche.

“Nunca nos imaginamos que podían llegar a violarnos de esa manera -confiesa-, porque violaron la autonomía y nos violaron a todos en nuestra inocencia de creer que iban a respetar la institución”.

La “venganza” contra la Universidad en general, y contra Exactas en particular, se inició el mediodía del 29 de julio de 1966 cuando el gobierno de Juan Carlos Onganía decidió la intervención, un mes después del golpe que había derrocado al presidente constitucional Arturo Illia.

“Estábamos reunidos en asamblea desde la media tarde para ver qué íbamos a hacer -recuerda Wisnivesky-, a eso de las cinco Rolando García llamó a una reunión de Consejo Directivo de la que participaron, entre otros, el vicedecano Manuel Sadosky y profesores muy importantes como Carlos Varsavsky”.

En esa reunión se decidió que no se iba a entregar la Facultad y entonces García llamó a los estudiantes para preguntarles qué iban a hacer. “Nosotros decidimos resistir con ellos”, comenta orgullosa Wisnivesky.

Sin embargo, organizar la “resistencia” no fue fácil. Si bien en la Facultad ya sabían, alrededor de las seis de la tarde, que los vendrían a desalojar, los

estudiantes no se decidían acerca de qué técnica utilizar. “Finalmente -señala Cristina- a alguien se le ocurrió realizar una ‘resistencia pacífica’ como la de las manifestaciones en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam y que consistía en marchar subidos sobre los hombros de los compañeros”.

A pesar de la organización, los estudiantes no tuvieron ni la más mínima chance de oponerse a la Guardia de Infantería de la Policía Federal, que ingresó con bastones de madera, escudos y armas de fuego al recinto universitario, violando así la famosa autonomía.

“Estábamos esperándonos en un aula -detalla Wisnivesky- con la idea de estar todos juntos, pero la policía entró pegándole a todo el mundo y desparramándonos”.

Hacer un cálculo de cuántas personas estaban esa noche en Exactas es difícil, aunque Wisnivesky cree que fueron cerca de doscientas las personas que sufrieron los golpes de la policía.

La bióloga destaca la actitud de los estudiantes que a pesar de no estar seriamente comprometidos con ninguna agrupación política, igual se quedaron a defender la Facultad. “Los militantes más ultras -revela- se rajaron cuando las papas quemaron; la mayoría de los ‘troskos’ agarraron y dijeron ‘esto se pone muy violento así que: ¡bye, bye Brasil!’ y se fueron”.

“Preparen... apunten...”

Wisnivesky fue una de las heridas de esa noche. Por un bastonazo que recibió en la cabeza le tuvieron que dar once puntos de sutura. “El golpe me desmayó y me caí por la escalerita que iba del piso superior de la Facultad al patio donde sucedieron los principales incidentes”, relata.

“Cuando abrí los ojos -continúa- vi un par de botas delante mío y sólo atiné a levantarme y a salir corriendo como una saeta”. A pesar de su velocidad, los policías la agarraron y la pusieron, junto a un grupo de estudiantes, contra una de las paredes del patio. “Formábamos un semicírculo -detalla- y los que estaban en el borde recibían cachiporrazos”.

Pero eso no fue lo peor. Lo más terrible fue algo que Wisnivesky recuerda con odio y con temor: “En un momento los policías se pusieron detrás nuestro y gritaron: ‘Preparen, apunten...’. Pero fue sólo un simulacro. Una chica que estaba al lado mío me preguntó si nos iban a fusilar y yo le contesté: ‘Alicia, no seas pelotuda ¿cómo nos van a fusilar?’”.

Sin embargo, la policía no se conformó con esa pavorosa demostración de humor negro. “A un amigo mío que era chiquitito -dice Wisnivesky- y que

se quiso escapar por debajo de los canas, lo agarraron de un dedo y se lo fracturaron”.

La noche recién estaba en pañales y después de pegarle a los estudiantes, los metieron en los celulares y los llevaron a diferentes comisarías. “Como yo había perdido mis anteojos y mi cartera con los documentos, antes de subir al celular grité mi nombre a la gente que estaba en la calle porque tenía la sensación de que podía pasar cualquier cosa”, aclara.

La sensación fue sólo eso porque cuando llegaron a la comisaría 1a. los que se sorprendieron del estado de los estudiantes fueron los agentes de la seccional. “Se les cayó la boca -gráfica-; está bien que fuéramos revoltosos, pero esta vez se les había ido la mano”.

Ser revoltosos implicaba haber sacado los bancos a la calle Perú para protestar contra el bajo presupuesto universitario o haberle tirado bolitas de acero en el pavimento a los caballos de la policía que venía a reprimir. “Hacíamos despelote y organizábamos manifestaciones -confiesa- y por eso después nos mandaron a la Ciudad Universitaria, para sacarnos del centro de Buenos Aires. Por todo esto es que a Exactas la odiaban y se la tenían jurada”, sintetiza.

“No me quiero comprometer”

“Los policías de la comisaría no podían creer lo que veían -recuerda ahora, con una sonrisa, Wisnivesky-. Es que en esa época, pegarle a una chica estudiante era considerado salvaje”.

“Uno de los policías nos contó que tenía una hija en la Facultad. Tal vez era mentira, no lo sé, pero lo cierto es que los tipos no estaban constanciados con la violencia política como lo estuvieron después”, analiza.

Finalmente, a las mujeres no las metieron en una celda sino que les “permitieron” quedarse en una oficina. “A mí y a Alicia, que tenía un corte en la mejilla, nos mandaron a la Asistencia Pública para que nos curaran”, relata. Asistencia Pública ya no existe más, pero en esa época quedaba en Esmeralda a pocas cuadras de la comisaría 1a., ubicada en Lavalle al 400, donde estaban detenidas.

Cristina y Alicia fueron atendidas por dos practicantes de medicina y mientras las cosían uno le propuso al otro: “¿Y si decimos que hay que internarlas así no vuelven a la comisaría?”, pero su compañero le contestó que no, que no se quería meter. Aparentemente, el “yo argentino” empezaba a hacer escuela.

De regreso en la comisaría, Alicia estuvo detenida menos de veinticuatro horas, como la mayoría de los estudiantes, pero a Cristina la demoraron por sus “antecedentes políticos”: había sido candidata de una agrupación estudiantil para un cargo de la Facultad.

Sus compañeros le pusieron de abogado a Ricardo Rojo (el autor del libro “Mi amigo el Che”), quien hizo una presentación judicial explicando que ella tenía una conmoción cerebral. “La verdad es que estaba hecha bolsa -confirma Wisnivesky-; tenía toda la ropa empapada en sangre y, como me habían vendado, parecía un espantapájaros”.

Finalmente la soltaron y se fue a vivir un tiempo a la casa de una amiga, porque sus padres estaban de viaje por Europa y a ella le daba miedo quedarse sola. “Estaba aterrorizada -recuerda- y decidí cambiar las llaves de mi casa porque las viejas las había perdido junto con mi cartera”.

La vida continúa

Después de tan “grata” experiencia, Wisnivesky se recibió de bióloga y se casó. En 1967 entró a trabajar en el laboratorio de Parasitología del Centro Panamericano de Zoonosis (un organismo dependiente de la Organización Panamericana de la Salud).

Siete años más tarde volvió a la Facultad como jefa de trabajos prácticos durante el gobierno peronista. “Pasé a ganar un tercio de lo que me pagaban en el Centro Panamericano pero la Facultad también tenía la tercera parte del nivel que yo había conocido; me espanté”, confiesa.

A pesar del susto, Wisnivesky continuó en Exactas durante la dictadura del 76-83 (“mi estrategia fue pasar desapercibida, ser como una silla más”) y también durante los gobiernos de Raúl Alfonsín y de Carlos Menem.

Cuando habla de la Facultad no puede olvidar lo que expresó Rolando García después de *La noche de los bastones largos*: “Declaró que la Universidad se podía destruir en un día, pero que se iban a necesitar 20 ó 30 años para reconstruirla. Creo que se quedó corto, porque todavía no se logró”.

Sin embargo, no todos son elogios para García. “Los científicos tenían todo planeado -opina Wisnivesky-; fueron muy hábiles, porque no fueron ellos los que se quedaron sin empleo. Se fueron y a las 24 horas estaban trabajando en los Estados Unidos. Los que nos quedamos sin laburo fuimos los perejiles como yo, que estaba por recibirme, que me había casado y que no tenía ni un mango”.

Pero lo que más bronca le da no fue que los capitanes fueran los primeros en

abandonar el barco que se hundía, sino el desengaño que sufrió a partir de ese momento. "A nuestra generación le habían prometido de todo -concluye-; teníamos la expectativa de salir de la universidad y ser protagonistas de la Argentina. Creo que en cierto sentido la gente de García era un tanto iluminista, creía que el conocimiento iba a ser mágicamente su pasaporte para convencer a todo el mundo de que tenían razón. Lamentablemente, estaban equivocados". ■

EL RECUERDO DE UN AGRAVIO

Fortunato Danón tuvo el "honor" de vivir de cerca uno de los acontecimientos que, según muchos de los protagonistas de esa época, fue uno de los detonantes de *La noche de los bastones largos*: los incidentes ocurridos el 19 de octubre de 1965, durante el acto en homenaje al general Julio A. Roca. "Un grupo de chicos, muy chiquilines -detalla-, les tiraron monedas e insultaron a los jefes militares que estaban al pie del monumento. Cualquiera observador imparcial lo hubiera tomado como una chiquilinada -repite- pero, para los militares fue un agravio imperdonable que más tarde recordarían".

Luego del incidente, el general Ignacio Avalos, ex secretario de Guerra, ingresó a la Facultad y Danón fue uno de los que conversó con él. Recuerda que Avalos los recriminó por su postura y que él le manifestó su opinión adversa a esa "actitud infantil". También destaca el comportamiento de aquel general: "Fue respetable -señala-, porque se arriesgó a ingresar a un lugar en el que sabía que nadie lo estimaba pero igual vino a expresarnos su parecer".

Danón era uno de los jóvenes profesores de Exactas, cuya edad promedio era inferior a los 30 años, que se habían perfeccionado en el exterior, gracias al esfuerzo, entre otros, del jefe de Química, Rodolfo Busch, quien impulsó el entrenamiento de los estudiantes en establecimientos extranjeros. "Yo estudié química en la Universidad de Berkeley, California, y en 1962 volví al país", relata Danón.

Explica que los viajes de perfeccionamiento los realizaban porque estaban convencidos de que le hacían un aporte al país. "Teníamos un gran entusiasmo por el desarrollo de la actividad científica y un gran apego a la Facultad", confiesa. Pero se marcharon del país con el "compromiso moral" de volver y de "trabajar para la Argentina", comenta hoy orgulloso.

A su regreso encontró en la Facultad de Exactas, con el decanato de Rolando García, una situación que califica como "inédita". "Todos los que volvimos tuvimos cargos asegurados de profesores interinos, hasta que se hizo un concurso y la mayoría pasó a ser *full-time*, una categoría absolutamente impensada en nuestro país", asegura.

Destaca también la importancia que en ese momento se le daba a la docencia, ya que cuando el número de alumnos de un curso superaba lo que consideraban una cifra razonable, se abría otro. "Estaban las famosas clases de análisis matemático de Manuel Sadosky -recuerda- y yo iba a las de Boris

Spivacow (el responsable de la Editorial Universitaria de Buenos Aires, EUDEBA) para aprender a enseñar". En esos días las carreras con más alumnos eran Química, Física y después Biología y Matemáticas. (Ahora, predominan los biólogos y los analistas de sistemas.)

Opina que en esa época la universidad era bastante diferente a lo que era el país. "Lo que caracterizaba a la tarea universitaria -revela-, era la búsqueda de la excelencia académica. Queríamos mostrar que teníamos capacidad y que se podía hacer algo en serio". Creían que de esa manera iban a impactar al resto de la sociedad y demostrarle que se podía ir para adelante. "Es que nosotros estábamos por el progreso, que fundamentalmente significaba no ser 'chanta'", define. Para Danón, confeso reformista, la seriedad no tenía colores políticos: "Había gente muy respetable entre los humanistas y hasta entre los propios conservadores -concede- y se los respetaba desde todo punto de vista, como en la distribución del presupuesto o en la asignación de pagos. Aunque seguramente no faltará aquél que diga que el grupo de Rolando García era 'sectario'", advierte.

Insiste en que hacían el máximo esfuerzo por evitar el sectarismo aunque reconoce que alguna vez pudieron equivocarse. "Sin embargo, jamás tratamos de beneficiar a un estudiante o a un investigador por su orientación política", observa. Agrega que lo que hacía diferente al país de la universidad fue "la seriedad en el trabajo, que en Ciencias Exactas se logró gracias al impulso inicial de José Babini, y al apoyo del grupo de Rolando García después".

La seriedad en el trabajo

Danón define al reformismo como "una agrupación que tenía libertad de movimientos por no tener ataduras con partidos políticos estructurales, aunque con la excepción de grupos minoritarios como los estudiantes comunistas". Danón llegó a ser vicepresidente del Centro de Estudiantes mientras estudiaba, en la década del 50, y siguió militando mientras fue profesor.

Si bien era un ferviente reformista, no le quita méritos al rector de la Universidad de Buenos Aires de ese entonces, el humanista Hilario Fernández Long. "Se desempeñó como un hombre de bien", admite y añade que "le parece 'soberbio' creer que se comportó así a pesar de haber sido humanista. "Era una persona decente, universitaria y humanista, lo que no era para nada contradictorio", afirma Danón.

También era importante el apoyo que García y su grupo recibían de los

estudiantes, a pesar de que éste fue decreciendo con el correr de los años. "Hasta el 63 no se oían voces opositoras significativas -recuerda-, pero a partir de 1965 hubo manifestaciones abiertas, volantes y hasta discursos en contra de nuestra política".

Una de las críticas más encarnizadas era la que los tildaba de "cientificistas". "Lo tomábamos con cierta displicencia -admite Danón-, porque pensábamos que los que lo decían no entendían la cosa, y en eso tal vez nos equivocamos. Debimos haberlos tomado en serio y discutir acerca de qué significaba ser 'cientificista'". Lo que según él hacían, era que en vez de que se recibieran cien químicos "mediocres", lo hicieran diez "muy buenos". "Prendíamos sacar profesionales de buen nivel para que fueran a trabajar en la industria del país", explica.

Pero si por un lado un sector de izquierda los llamaba "cientificistas", tampoco faltaron las agrupaciones de derecha que los acusaron de "comunistas". "Esto lo tomábamos en broma -confiesa Danón- porque, a pesar de ser de izquierda, nosotros teníamos fuertes diferencias con los comunistas". Además, estima que en ese momento el mote "comunista" se lo endilgaban a cualquiera que tuviera una actitud "independiente". "Lo más importante fue que con eso se creó un fantasma con la intención de que, más tarde, la opinión pública aceptara que nos molieran a palos. Y fue así. Nadie nos defendió", acusa.

Como nadie los defendió, les pegaron en el cuerpo y también en el alma. "En ese entonces teníamos una mística que ahora ya no existe -se lamenta Danón-. Creó que eso era producto de un convencimiento colectivo y de un liderazgo muy marcado, como el de Rolando García, que infundía un enorme entusiasmo", destaca. "En cinco años conseguimos hacer un centro de trabajo que era comparable a otros lugares del mundo pero, desgraciadamente, eso que se rompió no se volvió a reproducir", agrega.

La paciencia china

Danón está sentado en el escritorio de su oficina dedicada al comercio exterior y ubicada en pleno microcentro porteño. "Trabajé como químico unos años y ahora represento a empresas europeas y norteamericanas en aceros especiales y aleaciones", aclara. A los 63 años, está convencido de que le va mucho mejor de lo que le hubiera ido como profesor. "Me da menos satisfacciones a nivel espiritual pero a la larga uno también aprende a querer otras cosas", confiesa.

Lo que hace treinta años no le producía satisfacción era otra de las críticas que se le hacían a la Universidad, aquella que la veía como a una "isla" en medio del país. "Esa era una acusación infundada -replica Danón-, porque si había alguien a quien realmente le interesaba el país, sin intereses mezquinos, era a la Universidad". Pone de ejemplos al Instituto de Cálculo ("el primero en la Argentina") y a un grupo de meteorólogos que estudió el granizo en la provincia de Mendoza y el efecto que tenía sobre la actividad económica. "¿Eso era estar divorciado del país?", pregunta. "No, eso era hacer ciencia por el país", se contesta. "Lo que pasa -añade- es que los chantas, los ignorantes y los envidiosos decían: 'Eh, pero son científicistas' o 'Cagalos a palos, total son comunistas'".

Tampoco le hizo ninguna gracia el golpe de estado a Arturo Illia. "El tenía un grupo de gente muy honesta y muy jugada por el país -destaca-, pero tenía una enorme presión por parte de los militares". En ese entonces, los más grandes de la Facultad, a quienes Danón recuerda como "los viejos", le advirtieron a su grupo, "los más jóvenes", lo que iba a suceder. "Ellos estaban absolutamente convencidos de que nos iban a arrasar -asegura- y nosotros pensábamos que no podían ignorar el valor de una universidad que funcionara. Lamentablemente, ellos tuvieron razón... nos hicieron mierda". El mes que los militares tardaron en intervenir la Universidad, se explica, para Danón, si se tiene en cuenta que el nuevo gobierno tenía que "encargarse" antes de otras cosas. "Primero debían arreglar los asuntos políticos, los económicos y, seguramente, los sindicales. En un momento le tocó a la Universidad y eso les demandó un mes", sintetiza.

La noche de los bastones largos encontró a Danón en China, participando de un congreso de Física. "Vi en un diario en inglés que se había intervenido la UBA y que se había apaleado a profesores, y entonces me quise volver inmediatamente -relata-, pero el secretario del congreso intentó convencerme de que me quedara. Me dijo que a la larga íbamos a ganar la batalla contra los militares reaccionarios pero que nos iba a tomar tiempo, al igual que a ellos con su revolución. 'Tenga paciencia', me recomendó con su mentalidad china de tomarlo todo con calma. Yo lo escuché y le contesté 'todo muy lindo, pero yo quiero una reserva en avión para mañana a las seis de la madrugada'".

Danón viajó a Hong Kong y de allí a Zurich, en donde compró la revista *Time* que traía una nota sobre el incidente y en una foto reconoció a un amigo con la cabeza vendada. "Me sentí muy mal por no haber estado con ellos en ese

momento", confiesa.

Finalmente arribó a Buenos Aires, se reunió con sus colegas y decidieron renunciar a sus cargos. Al poco tiempo llegaron los contactos del exterior y Danón partió hacia los Estados Unidos, en donde trabajó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), hasta que en 1969 se dirigió a Chile, en donde lo esperaban muchos de sus ex compañeros y... una acusación por espía.

"En el departamento de Química éramos un grupo de quince profesores jóvenes que caímos de golpe en una universidad absolutamente anquilosada e inmovilizada, que no tenía actividad científica y en la que el profesor más joven tenía 53 años", explica Danón. Lo que ocurrió fue que él y su grupo comenzaron a cambiar esa Universidad: "Le hicimos una revolución pacífica -se entusiasma- en la que los alumnos estaban con nosotros, pero eso chocó a los conservadores". Además, un grupo de argentinos se metió en la política universitaria chilena y "calentó" el ambiente. "Entonces, esa gente se movió a niveles gubernamentales muy altos e inventó una patraña diciendo que nosotros, que habíamos sido expulsados de nuestro país por 'izquierdistas', éramos espías del gobierno militar".

El "superagente" Danón se encontraba en ese momento en la Argentina, y cuando se enteró de lo que había ocurrido, ya no pudo volver. "El consulado me recomendó que no viajara, por lo que mi esposa tuvo que ir a Santiago y malvender todas nuestras pertenencias", se queja Danón. Mientras estuvo en Chile, su esposa visitó al director (y también dueño) de la Universidad quien le dijo: "La verdad que no sé porque pusieron a su marido en esta lista, aunque yo tengo una teoría. ¿Sabe por qué lo incluyeron? Por antipático", a lo que la mujer de Danón contestó: "Sí, a veces es muy antipático".

Después de aquella demostración de "afecto", Danón se quedó en el país y tuvo tiempo para pensar seriamente el por qué de *La noche de los bastones largos*.

En sus conclusiones descarta lo que otros afirman, que haya sido una *vendetta* contra Exactas, y minimiza la presencia en la Facultad de un hijo de un importante general. "Lo que pudo haber ocurrido -reflexiona- es que los milicos se pusieran de acuerdo de que tenían que reventar a la Universidad y que al momento de elegir la metodología dijeran 'mandémoslos a Exactas, que son los más hijos de puta'".

"Dijeron 'reventalos a éstos', pero esa no fue la razón estructural -niega Danón-, lo que pasó fue que a ellos no les servía esa Universidad y entonces la despe-

dazaron. Así de simple". ■

"YO NO ME HE VENDIDO NUNCA"

Una vez, durante los primeros años de los 60 en que estudiantes y policías chocaban frecuentemente en las calles, la Guardia de Infantería de la Policía Federal entró a la Facultad de Ciencias persiguiendo a los universitarios que se les escapaban de las manos. Alguien fue corriendo hasta el despacho del decano y le contó la novedad. Sin levantarse de su asiento, Rolando García pidió que llevaran a su presencia al oficial a cargo. Cuando éste entró al decanato, fue recibido por un grito apenas disimulado: "Señor, está usted en la Universidad; ¡quítese la gorra!". Y, respetuosamente, el oficial se la sacó. Desde mediados de los 30 y por más de una década, el dueño de esa fuerte personalidad fue maestro de escuela, y como maestro de escuela se pagó los estudios universitarios. En 1946 consiguió una beca anual para ir a los Estados Unidos. Estudió dinámica de los fluidos hasta hacer el doctorado. "Y a pesar de que la beca era escasa, de contrabando estudié lógica y filosofía de la ciencia". El tiempo expiró, pero García no se dio por aludido y se quedó varios años más. En Chicago hasta el 48 y después en Los Angeles, donde estudió con Rudolf Carnap y con Rachenbach. Recién se instaló nuevamente en la Argentina en un año de grandes cambios: 1955.

"Cuando volví, se acababa de fundar la Universidad Nacional del Sur y su rector, Vicente Fatone, que había sido profesor mío en la escuela, me convocó para participar en su organización". Pero su actividad en Bahía Blanca fue breve.

Un designio del destino llevó a García a cambiar de lugar y trabajo. "Hubo un grave accidente aéreo. Un avión se vino abajo en el centro de la Provincia de Buenos Aires. Lo había pescado una tormenta que no pudo sobrepasar. En ese viaje perecieron algunos norteamericanos, y la embajada de Estados Unidos realizó una protesta formal porque no se había realizado la cobertura meteorológica. El secretario de Aeronáutica trató de disculparse: 'Lo que pasa es que no hay meteorólogos en este país'. Pero lo corrigieron: '¿Cómo que no hay meteorólogos? ¡Acá hay un egresado de la Universidad de California que ya lo quisiéramos llevar de vuelta!'" García recibió entonces una invitación y viajó a Buenos Aires. Luego de discutir un tiempo con el secretario de Aeronáutica, llegaron a un acuerdo. Se hizo cargo de la dirección del servicio meteorológico, pero como condición impuso depender "solamente del ministro; de cualquier oficial, no".

Cuando el interventor de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, José Babini, pensó en alguien para decano, habló con Fatone y buscaron a García. "Fue en 1957, renuncié al servicio meteorológico y me nombraron decano de la Facultad. Ahí empezó el largo período que terminó *La noche de los bastones*". Entonces empezó la gestión del decano más polémico que tuvo esa Facultad.

Para García, la Facultad de los años sesenta "se pudo hacer gracias al apoyo masivo de los estudiantes. En el Consejo Directivo trabajé al principio con mayoría de alumnos, mayoría de graduados y minoría de profesores". Fue una época en que la Universidad tenía un peso muy grande en la sociedad y con ella el movimiento estudiantil, que "tenía una conciencia política muy desarrollada".

Como concreción del cambio iniciado en la Universidad pocos años antes, en 1958 se inició la gestión de Risieri Frondizi como rector de la UBA, que implementaría los cambios más importantes, como el nuevo Estatuto Universitario, por ejemplo. Entre quienes apoyaron la candidatura de Frondizi en el reformismo, se destacó el grupo renovador de Ciencias Exactas y Naturales. "El equipo con el cual subió Risieri era el equipo de Ciencias. Los secretarios que tuvo la Universidad en ese período, Julio Simón y Aristides Romero, eran gente de nuestra Facultad". García no pretende dejar dudas: "En realidad fue la Facultad la que hizo rector a Risieri Frondizi". Los años pasaron rápidamente y en 1965 se eligió nuevamente rector de la Universidad. En esa oportunidad el candidato por el reformismo fue Rolando García. "En la Asamblea Universitaria parecía que yo tenía una mayoría holgada. Dos días antes de la última elección vino a verme a mi casa un grupo de profesores radicales, en su mayoría de Ciencias Económicas, que me plantearon que tenían los votos necesarios para que ganara la elección pero, me dijeron: 'Le tenemos que hacer un pedido. Que nos deje designar al Secretario General de la Universidad. Esa es la condición'".

Rolando García les tuvo que explicar que "yo no me estoy vendiendo, no me he vendido nunca, ni me voy a vender ahora. Si no tienen otra cosa que decir, ahí está la puerta". El nuevo rector de la UBA fue el humanista Hilario Fernández Long, quien ganó por dos votos.

La invasión a Santo Domingo

Bajo el gobierno de Illia, la Universidad tuvo que pelear constantemente por su presupuesto. Clases en las calles, protestas y marchas eran habituales en

esos años. En 1965, un acontecimiento de la política internacional llevó a los universitarios masivamente a las calles. La invasión norteamericana a Santo Domingo, y la posibilidad de que la Argentina mandase tropas a esa isla antillana, generaron movilizaciones importantes. Un acto en Plaza Congreso, convocado por la FUA y la CGT, terminó con un muerto y varios heridos. "En esa época, Illia, de vez en cuando me mandaba a buscar para tener una versión fidedigna de cómo estaba la Universidad".

"Después de ese acto en Congreso hubo una entrevista y le dije: 'Señor presidente, usted estará un poco disconforme con las marchas y concentraciones que ocasionaron disturbios en las calles'. Illia me contestó textualmente (lo tengo bien grabado en la cabeza): 'Mire, yo estoy muy agradecido a la Universidad por lo que ha hecho, porque yo estaba acosado por los militares para que mandara una fuerza a Santo Domingo. Después que murió este estudiante les dije: Yo sobre cadáveres de estudiantes no mando las tropas'".

Como decano de una de las facultades más politizadas de la UBA, García tuvo que lidiar con fuertes críticas desde la derecha y la izquierda "era un fuego cruzado"- y luchar constantemente para mantener equidistancia entre "posiciones muy ultras y los que querían una ciencia oligárquica y refinada". Desde esa época García, con su carácter temperamental, se hizo de grandes enemigos y de amigos incondicionales, por igual.

"Yo fui de izquierda toda la vida" se define García, pero eso no impidió que sectores de la comunidad universitaria lo acusaran de científicista. "Nunca entendieron que hacer ciencia popular no es hacer mala ciencia. Que al énfasis que poníamos en hacer ciencia en serio lo llamaran científicismo, era un disparate".

García se exaspera al recordar el accionar de ciertos grupos de izquierda de la Facultad. "Hacían cosas que parecían actos de provocación inducidos por los milicos, cosas que generaban mucha irritación y ningún resultado. Un ejemplo fue lo de las monedas en el acto a Roca. Fue un disparate de esa ultraizquierda estúpida".

Por su parte los opositores y críticos de derecha iban desde la campaña de desprestigio de la Universidad y la acusación constante de infiltración comunista, cargo que terminó compartiendo con el gobierno, hasta la derecha humanista del Consejo Superior de la UBA donde "me hicieron dos páginas de cargos de mala administración, de favoritismo en los concursos, etc. Al ser acusaciones falsas y sin ninguna base me pude divertir rebatiéndolos una

por una". Pero no siempre el serrucho iba por encima de la superficie. "Una vez el decano de Derecho, que era un troglodita llamado Marco Aurelio Risolfá, fue a la embajada norteamericana a decir que yo era el jefe de los comunistas en la Universidad y no debían darme la visa. Como agregado cultural o científico de la embajada estaba alguien que había sido compañero de estudios mío en Berkeley, y me lo contó".

A pesar de todos los conflictos y las internas, Ciencias "era la Facultad que había hecho punta científicamente, que tenía prestigio internacional. Lo digo con mucho orgullo pero sin pedantería", aclara. "Pero además éramos los que más ruido hacíamos en el Consejo Superior, en los periódicos. Eramos gente de izquierda, gente que no aceptaba el statu quo, que no estaba con el sistema. Eramos, sin duda, un mal ejemplo".

Cuando vino el golpe, "los milicos cerraron el Congreso, la Justicia, prohibieron los partidos políticos, todo. Y a la Universidad la dejaron. No sabían qué hacer, no sabían cómo actuar, tenían miedo de la movilización estudiantil". De todas formas "la intervención tenía que venir, porque la Facultad de Ciencias era un grano que no se podía tolerar. Lo que no sabíamos era cómo lo iban a hacer". Durante un mes, "yo me quedé casi todas las noches en el edificio de Perú al 200, esperando".

Esa noche famosa

"Pocos días antes de la intervención, un estudiante reformista de Derecho me contó que el grupo ultranacionalista de esa Facultad, iba a venir el 28 de julio a tirotear Ciencias para dar un pretexto. Pero por alguna razón la iniciativa no prosperó". Igualmente, cuando fue la noche famosa, grupos armados de derecha ayudaron a la policía a identificar y detener "revoltosos" en la puerta de Ciencias.

El viernes 29 de julio apareció el decreto de intervención, que "nos daba plazo al rector y a los decanos hasta el lunes para aceptar o no ser delegados del Ministerio de Educación. Reuní al Consejo Directivo y expliqué: 'Está claro que no voy a aceptar. Pero quizás alguno de ustedes lo haga. Dr. Sadosky, usted como vicedecano, ¿va a aceptar? 'No, no', me respondió. Hice toda la recorrida. Ninguno accedió y nos quedamos esperando. Teníamos noticias de que nos iban a intervenir igual".

Ante las últimas novedades, el nerviosismo crecía en Ciencias Exactas y Naturales. Los estudiantes empezaron a discutir qué iban a hacer. Un grupo de la izquierda más militante y crítico implacable de García se acercó al

decano y le preguntó si se pensaba quedar. Y él les respondió: "Sí, me van tener que sacar a palos. Una intervención es ilegal incluso por el decreto que han firmado hoy. Un dirigente de ellos me dijo: 'Nosotros tenemos orden de nuestro partido de irnos a nuestra casa. Pero si usted se queda acá nos quedamos'. La satisfacción invade a García: "Este grupo desobedeció a su partido por su conciencia universitaria, eso ya no pasa hoy".

García compartió la información que tenía de una segura intervención ese mismo día y pidió que los que no quisieran estar, recibir palos o tuvieran problemas familiares, se fueran. Y advirtió: "Pero después cierro la puerta y hago desaparecer las llaves". Se fue bastante gente. "La familia se lo quiso llevar a Sadosky, pero él no aceptó".

Cuando la entrada de la policía era inminente, las autoridades y los profesores se reunieron en la sala del Consejo. "Se comenzaron a oír ruidos, estaban rompiendo las ventanas del Aula Magna y al rato empezaron a disparar los gases. Cuando no pudimos respirar más, salimos al pasillo y lo agarré a Arístides Romero para salir juntos. Con la gente detrás, bajamos la escalerita que iba al patio. Ahí había un oficial de la policía con su tropa detrás. Lo encaré y le dije: '¿Por qué entraron a la Facultad? Soy el decano por decreto de este gobierno'". El oficial ni se molestó en contestar.

"Había uno de esos negrazos al lado y... PUMM, un palazo en la cabeza. '¡Hijo de puta!', me dijo con asco. Me levanté del suelo y dije: 'Señor oficial, soy el decano de esta facultad'... '¡Hijo de puta!' y PUMM otro palazo más. Y ahí empezaron todos los canas a gritar: '¡Contra la pared! ¡Con los brazos en alto!', y subieron al primer piso y arriaron a toda la gente para abajo. Apalearon bastante, hubo costillas fracturadas, muchos golpes y fisuras. Nos llamaron 'judíos', 'comunistas' y nos dijeron que nos iban a fusilar. Después hicieron una doble fila y nos hicieron pasar a los golpes. Cuando uno de ellos me tiró un palazo, me protegí con la mano y me fracturé un dedo. Cuando llegué a la calle vi que había muchos periodistas y pensé que no nos iban a pegar más. Bajé los brazos y salí de la fila".

Tuvo la suerte de encontrar ahí cerca al profesor Juan José Giambiagi. En el auto de éste empezaron a recorrer las comisarías de la zona, en busca de los detenidos. "Fuimos primero a la seccional que estaba en la calle Tucumán. Entré y pedí hablar con el comisario. Me atendió y me dijo 'Ah, ¿usted es de la Facultad? Aquí llegó un carro y bajó gente toda ensangrentada y me dijeron que los metiera adentro, pero nadie me explicó nada. ¿Qué ha pasado?' Entonces le tuve que hacer todo el verso y le dije: 'Aquí van a pasar cosas

muy graves porque han apaleado a profesores extranjeros: y uno es n-o-r-t-e-a-m-e-r-i-c-a-n-o'. Y el cana sorprendido, y medio asustado, me dijo que si yo los identificaba dejaría salir a los docentes. Fui a las celdas y me encontré con Sadosky, con Ambrose y con muchos más". García, no inmune al paso del tiempo, hoy puede contar la anécdota riéndose de ella: "La paradoja fue que yo, que era el cuco 'comunista' y a quien había que sacar a palos, fui recorriendo las seccionales y sacando a todo el mundo".

El grado de violencia contra la UBA había sido inédito y se evidenció en las masivas lesiones y fracturas de profesores y alumnos de Ciencias. García no se pudo mover por un par de días. Después una sola cosa se le metió en la cabeza: "La contradicción de esta gente, de largar un decreto e inmediatamente violarlo, eso por lo menos hay que ponerlo en evidencia". Empezó a buscar abogado, pero cuando les mencionaba la idea de iniciarle un juicio al Jefe de Policía el terror se adueñaba de sus rostros. Fue así hasta que dio con Carlos González Gariland. Cuando García le contó sus intenciones, éste le dijo: "Mire, usted está mal de la cabeza. ¿Hacerle un juicio a Fonseca? ¡Uno de los cuatro generales que dirigen el país! Usted está loco. Pero, peor aún, usted se ha encontrado con otro loco: vamos a iniciarle juicio a Fonseca". El valiente abogado se colocó delante de su máquina de escribir y empezó: "Mario A. Fonseca, de quien no se conocen otros antecedentes delictivos". Redactó un relato de *La noche de los bastones largos*, y consiguió muchos testigos.

Días después, y según recuerda García, recibió un llamado telefónico de su defensor, que le dijo: "Voy a presentar esto al juez, pero a partir de ahora se va de su casa a un domicilio desconocido y no aparece por unos doce días. Porque lo que hace la policía para frenar un juicio en estos casos es tomar preso al querellante por drogas o cualquier cosa y, una vez preso, el juicio no ha lugar. Así que desaparezca hasta que venza el plazo legal para aceptar la causa". Cuando el ex-decano de Ciencias resolvió ocultarse, encontró cerradas las puertas de las casas de "amigos" y, por el contrario, la de gente crítica o aparentemente indiferente, abiertas de par en par. "En momentos de crisis, la solidaridad existe en algunos insospechados y desaparece en otros que parecían el *summum* de la misma". La causa fue aceptada, principalmente por el testimonio de Ambrose, el profesor norteamericano, y con los años tuvo un fallo que representó, en alguna medida, una reivindicación de las víctimas de esa noche: sobreseimiento provisional del jefe de la Policía Federal, el general Mario A. Fonseca.

Rumbo al exilio

Pero la actividad de García posterior a la intervención no se limitó al juicio (que habría probado el planeamiento previo de la represión por parte de las autoridades), sino que gestionó el exilio de muchos de los docentes renunciantes. "La idea que tuvimos fue tratar de que no se fuera la gente individualmente sino que se trasladaran los equipos de investigación". Entre agosto y septiembre de ese año 66, García viajó a Santiago de Chile, México y Río de Janeiro. Pero, según su opinión, los resultados fueron magros comparados con las intenciones. "En Chile y Venezuela fueron los únicos lugares donde algo prendió. En los otros países la cosa no prosperó; sí se armaron algunos grupos pero no equipos completos. En general, alguien que viajaba hacia punta y después conseguía que fueran los otros".

La situación económica de Rolando García se complicó durante esos meses. "Me tuve que endeudar por primera vez en mi vida". Pero en noviembre recibió la oferta de dirigir un proyecto en Ginebra. Aceptó con la condición de poder pasar seis meses en Buenos Aires y seis en Europa. Esa doble vida se mantuvo por largos años, más exactamente hasta 1976. "El 24 de marzo de ese año me acosté tarde. Sonó el teléfono, eran las 7 y 5. Me pregunté quién podía ser a esa hora y era el famoso psicólogo infantil, Jean Piaget: '¿Ha escuchado la radio? Hay un golpe de Estado en su país y éste sí que es el fascismo'" Por la última dictadura Rolando García quedó instalado permanentemente en Suiza pero razones de fuerza mayor lo llevaron a dejar Europa. "Una de las cosas que me decidió fue cuando tuve que explicar a mi hijo, que iba a una escuela suiza, que no era cierto que los países del Tercer Mundo son pobres por razones raciales y de ignorancia. Cuando vi que mi hijo recibía esa instrucción, decidí que nos mudáramos a Latinoamérica. ¡Si le creaban esa mentalidad, después iba a tener que matarlo!"

En 1979 la familia García viajó a México, donde está instalada hasta el día de hoy. "Allí dirijo un departamento de metodología y teoría de la ciencia en el Centro de Investigaciones de Estudios Avanzados, del Instituto Politécnico Nacional". El ex decano de Exactas reflexiona con ironía: "Allí estamos tranquilos. A pesar de que tengo 77 años, a uno no lo obligan a retirarse por la edad. Mientras uno no diga demasiadas estupideces, produzca y continúe pensando con cierta coherencia, sigue". ■

explicando los violentos incidentes del 29 de julio, los norteamericanos se empezaron a preocupar por el tema y la prestigiosa revista *Science* publicó un artículo condenando el hecho.

Mientras tanto, en Europa, el diario francés *Le Monde* informaba acerca del macartismo en la Argentina y, poco más de un mes después, los sociólogos del Congreso Internacional reunido en Evian, Francia, enviaron un telegrama de repudio al general Onganía. Entre los firmantes estaban nada menos que Reinhard Bendix, Talcott Parsons y Raymond Aron.

Grupos de científicos extranjeros, así como numerosas universidades latinoamericanas, expresaron también su rechazo a esta violenta intervención, y solicitaron al gobierno argentino la reincorporación en sus cargos de los profesores renunciados o cesanteados. No tuvieron éxito.

Las renunciaciones fueron un fenómeno general aunque tuvieron un carácter masivo sólo en la UBA. Según un trabajo de 1970, realizado por Marta Slemenson (investigadora del Instituto Torcuato Di Tella), en la Universidad de Buenos Aires renunciaron 1.378 docentes, es decir el 22,4 % del total. Las únicas tres facultades que superaron este promedio fueron Exactas, en donde las dimisiones llegaron al 77,4 % del plantel docente y al 51,3 % de los profesores titulares; Filosofía y Letras, con el 68,7 % de sus docentes; y Arquitectura, con el 47,7 % de los mismos.

Aparte de los docentes, hubo otros estamentos de la Universidad que sufrieron bajas. Como EUDEBA, donde renunciaron todas sus autoridades, encabezadas por Boris Spivacow (quien más tarde fundaría el Centro Editor de América Latina). Asimismo dimitió todo el personal del departamento de Extensión Universitaria.

Las consecuencias de *La noche de los bastones largos* se extendieron también a otras casas de altos estudios. En la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), se produjeron decenas de renunciaciones, mientras que varios profesores del Departamento de Sociología de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires (más conocida como UCA), fueron dejados cesantes por haber firmado una solicitud en la que se oponían a la intervención de las universidades estatales.

Un importante número de los que renunciaron en la UBA (alrededor de 300 personas) se exilió y se reubicó en universidades de otros países. En general, prefirieron permanecer en Latinoamérica. Los centros de concentración más importantes fueron Chile y Venezuela, pero también recibieron el aporte de universitarios argentinos Perú, Uruguay y Brasil. Sin embargo, también hubo

quienes viajaron a los Estados Unidos y Europa.

El país sufrió así una importante "fuga de cerebros" y se empezó a gestar lo que más tarde sería conocido en el resto del mundo como la "mafia argentina".

La resistencia estudiantil

La oposición estudiantil a la intervención comenzó la misma *Noche de los bastones*, con la toma de cinco Facultades de la Universidad de Buenos Aires: Ciencias Exactas, Filosofía y Letras, Ingeniería, Medicina y Arquitectura y Urbanismo. En esta última los estudiantes reaccionaron violentamente frente a la agresión y el manoseo de sus compañeras por parte de la Guardia de Infantería de la Federal.

A partir del día siguiente se sucedieron, en todo el país, solicitudes y actos de repudio, así como numerosos choques con la policía.

En Buenos Aires se realizaron incontables actos relámpagos (rápidamente reprimidos y disueltos) frente a las facultades y en esquinas céntricas de la ciudad, en donde se detuvieron a decenas de personas. Un violento incidente se registró también el 16 de agosto, cuando asumió Luis Botet como nuevo rector-interventor de la UBA.

En cuanto al interior del país, se registraron tumultos en Córdoba, donde también se llevó a cabo una huelga de hambre, y en Rosario, donde se reprimió duramente a los estudiantes.

De a poco, las protestas fueron creciendo. El 22 de agosto se realizó una marcha convocada por "La Línea Recta", el centro de estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la UBA, en la que participaron alrededor de 1.500 personas. El mismo día, una concentración de 1.000 estudiantes cordobeses sufrió una violenta represión, con muchos lesionados y detenidos.

El 23 del mismo mes, en un acto relámpago realizado en Pueyrredón y Viamonte de la Capital Federal, hubo 83 detenidos, y dos días más tarde la FUA organizó un paro nacional. Asimismo, el 26, la policía cordobesa disolvió por la fuerza una manifestación de 4.000 personas, mientras que algo similar ocurrió en La Plata.

Las manifestaciones se fueron incrementando, hasta que el 7 de septiembre de ese año de 1966, en una concentración de más 4.000 personas organizada en el Barrio Clínicas de la capital cordobesa, fue herido en la cabeza Santiago Pampillón (24 años, estudiante de Ingeniería Aeronáutica y subdelegado gremial de la fábrica IKA), en medio de un enfrentamiento entre universita-

rios y la policía.

Este hecho se conoció rápidamente y los estudiantes se reagruparon en el Barrio Alberdi, cercano al Clínicas, en donde levantaron barricadas y atacaron con toda clase de proyectiles a la policía, que sólo pudo controlar la situación a las seis de la mañana del día siguiente.

Días más tarde, Pampillón murió y se convirtió así en la primera víctima estudiantil del gobierno de Onganía. Numerosos testigos aseguraron que la policía le había pegado tres tiros a quemarropa.

Lejos de aplacar los ánimos, el asesinato de Santiago Pampillón los enardeció. El 14 de agosto se realizó en la Capital Federal una "Marcha del Silencio" en su honor, que contó con la presencia de 1.000 personas y que concluyó con barricadas, corridas, gases lacrimógenos y el incendio de un comercio y de dos autos.

Onganía no lo sabía aún, pero con la intervención a las universidades cometió el primero de los errores que lo irían alejando de su máspreciado sueño: gobernar a la Argentina durante veinte años. Es que la unión entre estudiantes y obreros registrada en el Barrio Clínicas, se repetiría con mucha más fuerza en 1969, en ocasión de lo que se dio en llamar el *Cordobazo*, que anunciaría el principio del fin de la pomposamente autodenominada Revolución Argentina.

Treinta años después de *La noche de los bastones largos*, es curioso volver a leer las palabras de Onganía que encabezan este epílogo: "La decisión del gobierno de hacer actuar a la policía fue tomada porque los estudiantes resolvieron ocupar *ilegalmente* dos edificios de Facultades". ¿Cómo podía hablar de *ilegalidad* quien acababa de derrocar con un golpe de cuartel nada menos que al presidente de la Nación elegido por el voto de la ciudadanía? Pero eso no fue todo: poco antes de morir, el año pasado, este típico dictadorzuelo latinoamericano que soñaba con parecerse a Francisco Franco, dobló su apuesta. Declaró públicamente que el peor error de su gobierno había sido intervenir violentamente a las universidades. Demasiado tarde para arrepentirse. Treinta años después sólo su conciencia puede juzgarlo. Y también es demasiado tarde. ■

ANEXO I

Cronología 1966

JUNIO

Martes 28:

*Un golpe militar depone al presidente constitucional Arturo Umberto Illia.

Miércoles 29:

*El general Juan Carlos Onganía preside el nuevo gobierno.

*El general Mario A. Fonseca es designado Jefe de la Policía Federal.

*El Consejo Superior de la UBA da a conocer una declaración oponiéndose al quiebre institucional.

JULIO

Viernes 1:

*Juran los miembros del nuevo gabinete económico.

* Son detenidos el ex secretario técnico de la Presidencia, Ricardo Illia, y el ex intendente de Buenos Aires, Francisco Rabanal.

* Son clausurados todos los locales del Partido Comunista.

*En el cine "Los Angeles" de la Capital Federal, se estrena "Blancanieves y los Siete Enanitos".

Sábado 2:

*Juran sus cargos los nuevos miembros de la Corte Suprema de Justicia. La preside el abogado Marco Aurelio Risolía.

*Joaquín Balaguer asume como nuevo presidente de la República Dominicana.

*Gran baile gran en el Club Huracán, a las nueve de la noche en Caseros 3159. Actuarán "The Smokers", "Los de Fuego" y "El Combo Latino".

*Francia hace detonar una bomba atómica en el atolón de Mururoa, en el Océano Pacífico.

Domingo 3:

*Se prohíbe la actividad política en todo el territorio nacional.

*René Barrientos triunfa en las elecciones presidenciales efectuadas en Bolivia.

*Las Grandes Tiendas Modart venden en oferta sobretodos de llama y lana, rebajados de \$ 10.980 a \$ 7.980.

*Racing queda como único puntero después de vencer en el clásico a Independiente por 2 a 0 (Marchio y Martinoli).

Lunes 4:

*Teleonce anuncia a las siete de la tarde el estreno de la serie "Batman", de gran suceso en los EEUU.

*Asume como nuevo intendente de Buenos Aires el coronel Eugenio F. Schettini.

*Nicanor Costa Méndez es designado al frente de la Cancillería.

Martes 5:

*EEUU lanza al espacio el cohete Saturno para orbitar la Tierra.

Miércoles 6:

*Sigue la competencia aeroespacial: la URSS pone en órbita la estación espacial Protón III.

*Se pone en circulación la nueva moneda de 10 pesos.

*Japón: manifestaciones estudiantiles de repudio a la visita del secretario de Estado norteamericano Dean Rusk. Tema prioritario en su agenda para tratar con las autoridades niponas: la guerra en Vietnam.

Jueves 7:

*Se estudia la posibilidad de crear el Ministerio de Bienestar Social.

*Asaltan una fábrica textil en San Andrés y roban 20 millones de pesos.

Viernes 8:

*Gran Bretaña y Uruguay reconocen al nuevo gobierno militar argentino.

Sábado 9:

*Se celebra con gran pompa el sesquicentenario de la Declaración de la Independencia.

Domingo 10:

*Onganía preside en San Miguel de Tucumán los actos oficiales por el Sesquicentenario de la Independencia.

*Desfile militar en Buenos Aires en celebración del 9 de Julio.

*Se suspende la fecha del campeonato local de fútbol con motivo de la iniciación en Gran Bretaña del Campeonato Mundial, cuyo primer partido es Inglaterra vs. Uruguay en el estadio de Wembley, en Londres.

Lunes 11:

*Se intensifican los bombardeos yanquis sobre el Golfo de Tonkin. 101 misiones aéreas descargan sus municiones sobre territorio vietnamita.

Martes 12:

*Indira Gandhi llega a Moscú para presentar a las autoridades soviéticas un plan de paz para Vietnam.

*Inauguración del autoservice de Grandes Tiendas "La Piedad", en la esquina de Bartolomé Mitre y Cerrito.

Miércoles 13:

*Segunda semana de éxito del film "Pampa Salvaje", con Robert Taylor y Ron Randall.

*Arrestan en Moscú a un teniente coronel norteamericano acusado de espionaje.

*Por el Mundial de Fútbol se enfrentan Argentina y España. Gana el conjunto albiceleste por 2 a 1, con dos goles de Luis Artime.

Jueves 14:

*Tailandia reconoce al nuevo gobierno militar argentino.

*Aviones israelíes atacan posiciones sirias a orillas del Jordán.

*Desfile en París presidido por el general Charles de Gaulle conmemorando un nuevo aniversario de la Revolución Francesa.

Viernes 15:

*El boxeador argentino Horacio Acavallo retiene su título de campeón mundial de los moscas al vencer al japonés Ebihara.

*Disturbios raciales en Chicago, con el saldo de dos muertos.

*Los EEUU reconocen al gobierno argentino.

*Mediante el uso de topadoras, las autoridades municipales desmantelan 46 "carritos" construidos en la zona de la Costanera.

Sábado 16:

*Argentina empató sin goles con Alemania.

*En la "villa" Barrio Matienzo de Morón se realiza un operativo moralidad, que culmina con el interrogatorio a miles de personas y la detención de muchas de ellas.

Domingo 17:

*Comienza la depuración política en China.

*Gath & Chaves lanza una gran campaña de rebajas y ofertas especiales.

Lunes 18:

*Se lanza al espacio el cohete Géminis X.

*Paros parciales de los metalúrgicos paralizan a esa industria.

Martes 19:

*En el Mundial de Fútbol, Argentina vence a Suiza 2 a 0 y se clasifica para la ronda siguiente.

Miércoles 20:

*Portugal da la gran sorpresa en Inglaterra venciendo a Brasil 3 a 0.

*Estreno de "Escala Musical", con Osvaldo Miranda, Beatriz Taibo, Nathán Pinzón, Juan Carlos Calabro, Raúl Lavié y Johny Tedesco, con música de Los Sheikers y Yacco Monti.

Jueves 21:

*El piloto de la nave Géminis X realiza una caminata por el espacio.

*Se registran actos de violencia racial en Cleveland, EEUU.

Viernes 22:

*Tiroteo en la Facultad de Derecho. Un estudiante herido.

*Inglaterra vence a Argentina 1 a 0 en el estadio de Wembley. El árbitro expulsa al argentino Ubaldo Rattín.

*Se estrena "Doctor Zhivago", película recientemente premiada con seis Oscars.

*Alvaro Alsogaray es nombrado embajador plenipotenciario.

Sábado 23:

*La violencia racial en los EEUU se extiende a varios estados. Muere un negro en una de las refriegas.

*Duros combates en Vietnam.

*Estalla una bomba en el Centro de Estudiantes de Odontología.

Domingo 24:

*El día más frío del año. La temperatura desciende a 1,4 grados bajo cero.

*En Vietnam, las tropas norteamericanas sufren un importante revés.

*En el campeonato local, Racing empató con Atlanta 2 a 2.

Lunes 25:

*Reinician las obras de construcción de la Ciudad Universitaria.

*Intervienen dos sindicatos comunistas pertenecientes al MUCS.

Miércoles 27:

*Dan a conocer el proyecto de privatizar 36 emisoras de radio de todo el país.

Jueves 28:

*Clausurarían ingenios azucareros alegando que su explotación es antieconómica.

Viernes 29:

*La policía irrumpe violentamente en la Universidad. *La noche de los bastones largos.*

ANEXO II**Carta de Warren Ambrose**

Buenos Aires, Argentina, 30 de julio de 1966

The New York Times

New York, N.Y.

Estimados señores: Quisiera describirles un brutal incidente ocurrido anoche en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Buenos Aires, y pedir que los lectores interesados envíen telegramas de protesta al presidente Onganía.

Ayer el gobierno emitió una ley suprimiendo la autonomía de la Universidad de Buenos Aires y colocándola (por primera vez) bajo la jurisdicción del Ministerio de Educación. El gobierno disolvió los Consejos Superiores y Directivos de las Universidades y decidió que desde ahora en adelante la Universidad estaría controlada por los decanos y el rector, que funcionarían a las órdenes del Ministerio de Educación. A los decanos y al rector se les dieron 48 horas de plazo para aceptar esto. Pero los decanos y el rector emitieron una declaración en la cual se negaban a aceptar la supresión de la autonomía universitaria.

Anoche a las 22, el decano de la Facultad de Ciencias, Dr. Rolando García (un meteorólogo de fama internacional, que ha sido profesor de la Universidad de California, en Los Angeles), convocó a una reunión del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias (compuesto de profesores, graduados y estudiantes, con mayoría de profesores) e invitó a algunos otros profesores (entre los que me incluyo) a asistir a la misma. El objetivo de la reunión era informar a los presentes la decisión tomada por el rector y los decanos y proponer una ratificación de la misma. Dicha ratificación fue aprobada por 14 votos a favor con una abstención (proveniente de un representante estudiantil).

Luego de la votación, hubo un rumor de que la policía se dirigía hacia la Facultad de Ciencias con el propósito de entrar, que en breve plazo resultó cierto. La policía llegó y, sin ninguna formalidad, exigió la evacuación total del edificio, anunciando que entrarían por la fuerza al cabo de 20 minutos (las puertas de la Facultad habían sido cerradas como símbolo de resistencia -aparte de esa medida, no hubo resistencia-). En el interior del edificio, la

gente (entre quienes me encontraba) permaneció inmóvil, a la expectativa. Había alrededor de 300, de los cuales 20 eran profesores y el resto estudiantes y docentes auxiliares (es común allí que a esa hora de la noche haya mucha gente en la Facultad porque hay clases nocturnas, pero creo que la mayoría se quedó para expresar su solidaridad con la Universidad).

Entonces entró la policía. Me han dicho que tuvieron que forzar las puertas, pero lo primero que escuché fueron bombas que resultaron ser de gases lacrimógenos. Luego llegaron soldados que nos ordenaron, a gritos, pasar a una de las aulas grandes, donde se nos hizo permanecer de pie, con los brazos en alto, contra una pared. El procedimiento para que hiciéramos eso fue gritarnos y pegarnos con palos. Los golpes se distribuían al azar y yo vi golpear intencionalmente a una mujer (todo esto sin ninguna provocación). Estoy prácticamente seguro de que ninguno de nosotros estaba armado, nadie ofreció resistencia y todo el mundo (entre quienes me incluyo) estaba asustado y no tenía la menor intención de resistir. Estábamos todos de pie contra la pared, rodeados por soldados con pistolas, todos gritando brutalmente (evidentemente estimulados por lo que estaban haciendo -se diría que estaban emocionalmente preparados para ejercer violencia sobre nosotros-).

Luego, a los alaridos, nos agarraron a uno por uno y nos empujaron hacia la salida del edificio. Pero nos hicieron pasar entre una doble fila de soldados, colocados a una distancia de diez pies entre sí, que nos pegaban con palos, o culatas de rifles, y que nos pateaban rudamente, en cualquier parte del cuerpo que pudieran alcanzar. Nos mantuvieron incluso a suficiente distancia uno de otro de modo que cada soldado pudiera golpear a cada uno de nosotros. Debo agregar que los soldados pegaron tan duramente como les era posible y yo (como todos los demás) fui golpeado en la cabeza, en el cuerpo, y en donde pudieran alcanzarme. Esta humillación fue sufrida por todos nosotros -mujeres, profesores distinguidos, el decano y el vicedecano de la Facultad, auxiliares docentes y estudiantes-. Hoy tengo el cuerpo dolorido por los golpes recibidos pero otros, menos afortunados que yo, han sido seriamente lastimados. El profesor Carlos Varsavsky, director del nuevo radio-observatorio de La Plata, recibió serias heridas en la cabeza; un ex secretario de la Facultad, de 70 años de edad, fue gravemente lastimado, como asimismo Félix González Bonorino, el geólogo más eminente del país.

Después de esto fuimos llevados a la comisaría seccional en camiones, donde nos retuvieron un cierto tiempo, después del cual los profesores fuimos

dejados en libertad, sin ninguna explicación. Según mis conocimientos, los estudiantes siguen presos. A mí me pusieron en libertad alrededor de las 3 de la mañana, de manera que estuve con la policía alrededor de 4 horas.

No tengo conocimiento de que se haya ofrecido ninguna explicación por este comportamiento. Parece simplemente reflejar el odio del actual gobierno por los universitarios, odio para mí incomprensible, ya que a mi juicio constituyen un magnífico grupo, que han estado tratando de construir una atmósfera universitaria similar a la de las universidades norteamericanas. Esta conducta del gobierno, a mi juicio, va a retrasar seriamente el desarrollo del país, por muchas razones, entre las que se encuentra el hecho de que muchos de los mejores profesores se van a ir del país.

Atentamente.

Warren Ambrose

Profesor de Matemáticas en el Massachusetts Institute of Technology y en la Universidad de Buenos Aires.



INDICE

A MODO DE PRÓLOGO	5
EL PROTAGONISMO DE LOS ESTUDIANTES EN LOS AÑOS 60	11
“LOS BASTONAZOS NO FUERON LO MÁS IMPORTANTE”	
ENTREVISTA CON HILARIO FERNÁNDEZ LONG	19
“SE PODÍA HACER CIENCIA EN SERIO”	
ENTREVISTA CON MANUEL SADOSKY	27
“LA BASURA MORAL DEL PAÍS”	
ENTREVISTA CON LUIS QUESADA	31
EL HUMANISMO Y LA REFORMA	
ENTREVISTA CON LUDOVICO IVANISSEVICH MACHADO	41
UN PROBLEMA DE DIGNIDAD	
ENTREVISTA CON RUBÉN CUCHI, SUSANA SOMMER, RENATA WULFF	49
“TODO ERA UNA FIESTA”	
ENTREVISTA CON ALICIA SPIEGELMAN	55
OTRA CALAMIDAD NACIONAL	
ENTREVISTA CON GREGORIO KLIMOVSKY	61
“¿CÓMO NOS VANA FUSILAR?”	
ENTREVISTA CON CRISTINA WISNIVESKY	65
EL RECUERDO DE UN AGRAVIO	
ENTREVISTA CON FORTUNATO DANÓN	71
“YO NO ME HE VENDIDO NUNCA”	
ENTREVISTA CON ROLANDO GARCÍA	77
A MODO DE EPÍLOGO	85
ANEXO I	89
ANEXO II: CARTA DE WARREN AMBROSE	93

Composición Tipográfica: Gustavo La Cava Ediciones, Lavalle 1672, Capital.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 1996

en los talleres de IPESA - Magallanes 1315/1409 - Buenos Aires